LUIS DE VARGAS

SEIS PESETAS

tres actos



Cubierta de este número:

LORETO PRADO

en

SEIS PESETAS

LUIS DE VARGAS

SEIS PESETAS

NOVELA ESCENICA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Cómico, de Madrid, la noche del 27 de septiembre de 1929

DIBUJOS DE JOSE CABALLERO



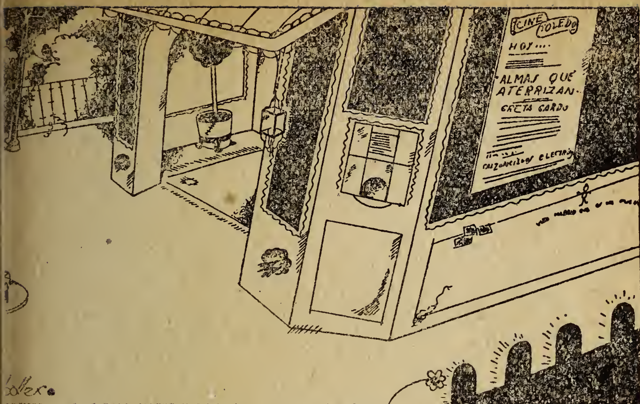
LA FARSA

AÑO IV | 9 DE AGOSTO DE 1930 | NUM. 152

MADRID

R E P A R T O

PERSONAJES	INTERPRETES
La Charo...	Loreto Prado.
Pilar...	María Luisa Romero.
Rafaela...	Julia Medero.
María Cristina...	Carmen L. Solís.
Señá Máxima...	Paula Martín.
Cecilia...	Luisa Melchor.
Presenta...	María López.
Dominga...	Pepita del Cid.
Higinia...	Amalia Anchorena.
Una Joven...	María López.
Don Valentín Rioja...	Enrique Chicote.
Pablo...	Francisco Melgares.
Gamuza...	Julio de Castro.
Marcelo...	Julio Costa.
Gurrútiez...	Antonio Palomino.
Chevrolet...	José de Lucio.
El Juanelo...	José Sampietro.
Un Caballero...	José Delgado.
Donato...	Rodolfo Recober.
Un Pollo...	Francisco Ambit.



ACTO PRIMERO

una plazuela de cualquier barrio popular de Madrid puede haber cine y un bar. Nada de extraño tiene eso, ya que en estos tiem- los cines y los bares ocupan las dos terceras partes, por lo me- de las fincas urbanas de la villa y corte. Pues en esa plazuela, y ına noche de finales de mayo, van a sucederse las escenas de este primero. La fachada principal del cinematógrafo, al que bauti- mos con el nombre de *Cine Toledo*, está a la izquierda del actor, ıando chaflán en la esquina que da frente al público. En este cha- la taquilla y un par de carteles anunciadores de la función del y de películas con los siguientes títulos: "*Almas que aterrizan*", *Greta Garbo,* y *El próximo lunes,* "*Calzoncillos eléctricos*", *la ma- creación de Charlot. ¡¡Exito pocho!!* El lateral de la derecha, li- ıdo hasta el tercer término por una casa de esquina, en cuya plan- ɔaja se halla establecido el *Bar Amable,* con puerta de entrada la acera de la plazuela. Delante del bar, y colocados en hilera, o cuatro veladores y sillas de madera. En el foro—dejando libres últimos términos laterales para las entradas y salidas de los per- ıjes—, verja de hierro que cerca un jardinillo en donde crecen tas, arbustos y algún árbol de frondosa copa. Adosado a la verja, la parte de afuera, y en el centro de la escena, un banco de pie- y junto al banco, farola de alumbrado público. Comienza la ac- al filo de las doce de una noche tibia y estrellada de la primavera.

Al levantarse el telón aparecen en escena PILAR, CHEVRO- T, GURRUTIEZ y el JUANELO. Pilar, una muchacha bo- ı y simpática, taquillera del Cine Toledo. *Está dentro de la uilla, ocupada en ultimar las cuentas de la función de la*

noche en que la conocemos. Chevrolet, Gurrútiez y el Juanelo son tres jóvenes conductores de taxi *que tienen el punto muy próximo al* Bar Amable. *Gurrútiez y el Juanelo se hallan sentados ante una de las mesas, aburridos y soñolientos. Chevrolet, de pie, apoyado en la farola, lee un periódico.*)

GURRÚTIEZ.—(*Canturreando con aire de fandanguillo.*)

Una señora con treinta.
El médico me ha mandao
una señora con treinta.
Yo prefiero dos con quince,
que me sale mejor cuenta.

(*Pausa breve.*) ¡Bueno, es que hace una clase de aburrimiento! ¡Qué nochecita de mayo! Las doce ya y me se figura que no he bajao la bandera desde que me examinaron pa chófer.

JUANELO.—Pues ajúntate conmigo, que hoy sólo he cargao con mi familia.

GURRÚTIEZ.—¡Sí que es un servicio!

JUANELO.—¡Como pa meterse por dirección prohibida!

GURRÚTIEZ.—¿Sabes lo que te digo, en vista de eso? ¡Que voy a convidarme! (*Toca las palmas.*)

CHEVROLET.—¡Valiente tío!

GURRÚTIEZ.—¿Qué hablas tú, Chevrolet?

CHEVROLET.—Comentaba el crimen de esta mañana en la calle del Olmo. Un *gachó* que le ha atizao seis *viajes* a su esposa.

GURRÚTIEZ.—¡Toma pan y moja, que es pringue!

CHEVROLET.—¡Muy bien hecho! Cuando la señora sale frívola e inquieta se la castiga.

GURRÚTIEZ.—¡Qué castigante eres!

CHEVROLET.—¡Como que la que a mí me engañe!...

JUANELO.—¡No será la primera!

CHEVROLET.—¡Oye tú, cara Citroen, cuidao con ofender!

GURRÚTIEZ.—(*Palmoteando otra vez.*) Pera ¿y ese camarero?... ¡Donato!...

(*Sale DONATO, hombre de mediana edad, camarero del* Bar Amable.)

DONATO.—¿Quién me ha llamao?

GURRÚTIEZ.—Tráeme una caña dorada.

DONATO.—Que ya son cuatro. ¿Las vas a pagar?

GURRÚTIEZ.—¡Las voy a pagar toas juntas, por mi mala cabeza! ¿Y el *limpia?*

DONATO.—Adentro está.

GURRÚTIEZ.—Dile que venga pa que me dé lustre en las peanas que eso hace el pie más breve. (*Donato entra en el bar. Canturreando otra vez.*)

A la grupa de mi jaca.
Tienes que venir, rondeña,
a la grupa de mi jaca...

(Y en este momento sale del bar GAMUZA, un muchacho de veinte años, limpiabotas de oficio. Gamuza es un cromo: tiene los ojos grandes y rasgados, las pestañas sedosas y rizadas, la boca en forma de corazón y el pelo negro y ondulado. Viste una blusa larga de dril, color azul; pantalón obscuro y alpargatas negras. Traerá la caja con los útiles de su oficio.)

GAMUZA.—¡Se limpia el calzado!...

GURRÚTIEZ.—¡Gamuza!

GAMUZA.—¿Qué hay?

GURRÚTIEZ.—¡Ven aquí! Ponte a los pies de este tu afectísimo amigo...

GAMUZA.—Y seguro servidor. *(Arrodillándose ante Gurrútiez y disponiéndose a limpiarle los zapatos.)* Te los voy a dejar que van a parecer de la casa Eureka.

GURRÚTIEZ.—*(Amenazando a Gamuza con un puntapié.)* ¡Acaba, *bibelote!*

GAMUZA.—¡No *chutes!*

(Sale DONATO con la cerveza.)

GURRÚTIEZ.—¡Pues no pongas esa cara de primo, atontao!

GAMUZA.—¿De primo? ¡Sí, sí! ¡Ya quisieras tú mi físico pa un domingo en los Cuatro Caminos!

GURRÚTIEZ.—¡Desde luego! Si yo me disfrutara ese rostro y esas guedejas, ¡mi abuela!, y ¡qué de señoras enajenás con el corsé a la intemperie! Pero a ti ¿pa qué te sirve? Te mira una socia y al instante te ruborizas.

GAMUZA.—Hombre, si no tengo confianza con ella...

JUANELO.—Eres más corto que un minuto.

GAMUZA.—¡Fíate de los cortos, que también descarrilan!

GURRÚTIEZ.—Con esa litografía por cara y viviendo del betún... ¡Qué lilaila!

GAMUZA.—Tú déjalo; pero como me premien en el concurso de belleza que ha abierto el *Buen Humor* pa elegir el "Señorito Madrid..."

JUANELO.—¿Te has presentao?

GAMUZA.—He mandao un retrato así de grande con un lema que dice: "No uso productos "Peele".

GURRÚTIEZ.—Pues pa ti es el premio.

GAMUZA.—¡Cosas más difíciles se ven!

(Irrumpe en escena por la primera izquierda la CHARO, una mocita del pueblo madrileño vendedora de flores y de lotería. Lleva puesto un traje de percal de tonos claros y luce sobre sus hombros mantoncillo de espuma bordado en colores. Trae en las manos un bote con claveles y unos décimos de la lo-

tería nacional. Llegará corriendo y jadeante, con una pícara sonrisa.)

CHARO.—¡Arrea! ¡De buena me he escapao! Me he escapao... (*Mirando a la izquierda.*), ¡pero me parece que no me escapo!

GAMUZA.—¿Qué te ocurre, Charo?

CHARO.—Mi tía que me quiere calentar... (*A esta frase sale también por la primera izquierda la SEÑA MAXIMA, mujer de unos cincuenta años, vendedora ambulante de periódicos y lotería.*) ¡Y me calienta! ¡Ya está aquí!

MÁXIMA.—¡No huyas, que no ha de valerte! ¡Perra, más que perra!

CHARO.—(*Refugiándose tras la farola y ladrando cómicamente.*) ¡Guau, guau!

MÁXIMA.—¡Que no me ladres!

CHARO.—¡Pues no me diga usted perra!

MÁXIMA.—¡Te mato, condená!

(*Donato vuelve a entrar en el bar.*)

CHEVROLET.—(*Que tiene detenida a la señá Máxima.*) ¡Ya está bien, señá Máxima!

MÁXIMA.—¿Te parece bonito pasarte las horas muertas leyendo noveluchas, sin preocuparte de vender?

CHARO.—¿Las horas muertas? ¡Qué exageración! Ni media hora he leído. No ve usted que lo que estaba leyendo era *La Novela Corta*, que se termina en seguida...

MÁXIMA.—¡Pues ni corta ni na!

CHARO.—Bueno; ¡que una señora que vive de vender la prensa se moleste porque se lea!... ¡Qué contraste!

MÁXIMA.—(*Amenazadora.*) ¡Como me repliques te breo a golpes!

GAMUZA.—(*Saltando y encarándose con la señá Máxima.*) ¡A la Charo no la maltrata usted delante mía!

MÁXIMA.—¡Huy, la Zúffoli! ¿Quién te da velas en este entierro, monada?

GAMUZA.—¡La monada lo será usted! (*Volviendo a su ocupación.*) ¡El día menos pensao hago una barbaridad con esa vieja!

CHARO.—Te agradezco la buena intención, Gamuza. ¡A ver cuándo pillas a mi tía a la vuelta de una esquina con una piedra!

MÁXIMA.—(*Alcanzando, por fin, a la Charo y sujetándola por un brazo.*) ¡Calla, arrastrá!

CHARO.—¡Ay, que me ha pillao ella a mí!

MÁXIMA.—¡Toma, desvergonzada!

PILAR.—(*Asomándose por la ventana de la taquilla.*) ¡No pegue usted a la chica!

MÁXIMA.—¡Yo hago con mi familia lo que me se antoja!

CHARO.—¡Pues tiene usted unos antojos a sus años!... ¡Hay que ver! Cuatro caballeros y ninguno me defiende...

GAMUZA.—¡En cuanto termine aquí ya verás tú!

MÁXIMA.—¿En dónde entierras?

GAMUZA.—En una caja de betún. ¡Negra la voy a poner!

PILAR.—Pero ¿por qué la maltrata?

MÁXIMA.—¡Me está quitando la vida!

CHARO.—Y usted me está quitando el cuerpo a pedazos. Toos los días concluyo con alguna parte desfigurá.

MÁXIMA.—¡Anda pa el café de enfrente!

CHARO.—¿Me invita usted a un helao?

MÁXIMA.—¡Que andes te digo!

CHARO.—Sí, señora. ¿No ve usted que voy andando mejor que un Longines?

MÁXIMA.—¿Ustedes la oyen? Si después la pego...

CHARO.—(*Que logra desasirse de su tía y sale corriendo, burlando las acometidas de la señá Máxima, hasta desaparecer por el último término de la izquierda.*) ¡Pegaban..., pero eran carteles por las esquinas!

MÁXIMA.—¡Charo!

CHARO.—¡El gordo! ¡Mañana sale! ¡A real clavelitos! ¡A quién le doy la suerte!...

MÁXIMA.—¡Pero, chica! ¡Chârooo!

CHEVROLET.—Si no me toma usted el coche no la pilla. ¿Bajo la bandera?

MÁXIMA.—¡Ponla a media asta, porque la voy a matar! (*Y vase tras la Charo con intenciones de alcanzarla.*)

GAMUZA.—¡Qué tía más tía!

GURRÚTIEZ.—No te sofoques.

JUANELO.—Hombre, como le gusta un rato largo la andovales...

GAMUZA.—¡Que me guste o no me guste no es cuenta tuya!

JUANELO.—¡Natural! Ya eres mayorcito.

GAMUZA.—¡Soy como soy! (*Con gran excitación.*)

GURRÚTIEZ.—¡Mis pinreles, monín, que tengo callos!

GAMUZA.—Disimula el mal genio.

GURRÚTIEZ.—Disimúlalo tú cuando sirvas al público.

(*Por la primera izquierda vuelve a salir la CHARO, siguiendo a un CABALLERO.*)

CHARO.—(*Ofreciéndole con gran insistencia unos décimos al Caballero.*) ¡Llévelo, que le va a tocar! Mire qué capicúa más completo; doce mil ciento veintiuno. Empieza con uno y termina con otro.

CABALLERO.—Quita, quita...

CHARO.—¡Ande, señorito! Este no aguanta en el bombo ni

cinco minutos. Sale toas las decenas. Es más callejero que una servidora.

CABALLERO.—(*Con cajas destempladas.*) ¡He dicho que no! (*Y entra en el bar.*)

CHARO.—(*Imitándole.*) ¡Bueno! ¡No hay que incomodarse!... ¡Tome usted zarzaparrilla, que es buena pa las inritaciones!

CHEVROLET.—¿Ya estás aquí otra vez?

CHARO.—¿Molesto?

CHEVROLET.—Cuando me molestes, con darte la patá...

GAMUZA.—¡Eso de la patá lo veremos! Tú eres un marchoso.

JUANELO.—Como que a las hembras hay que tratarlas con "marcha".

CHEVROLET.—¡De acuerdo! ¡Con la "marcha" atrás y sacando la mano pa que no te atropellen! ¡Así! (*Y acompaña la acción a las palabras, propinándole un azotazo a la Charo.*)

CHARO.—¡Ay, que me ha puesto la mano encima!

GAMUZA.—(*Dejando su ocupación y acudiendo a socorrer a la Charo.*) ¿Que te ha puesto la mano encima? ¿En dõnde?

CHARO.—¡Aquí! (*Señalando su espalda.*)

GAMUZA.—¡Ah, ya! ¡Creí que había sido más abajo!

GURRÚTIEZ.—Pero ¿terminas o qué?

GAMUZA.—Ahora mismo.

CHARO.—(*Acercándose a la taquilla del cine.*) Buenas noches, señorita.

PILAR.—Hola, Charo. ¿Qué fué lo de antes con tu tía?

CHARO.—¿Lo de antes? ¡Pues lo de siempre!

PILAR.—¿Tú por qué lo permites?

CHARO.—¡Pa lo que me se importa!

GURRÚTIEZ.—(*Pagando el servicio a Gamuza.*) Ahí llevas... Y colócate un cartelito advirtiendo que limpias las botas por series.

GAMUZA.—Han sido incidentes del trabajo.

CHARO.—¿Hay mucho público esta noche?

PILAR.—Poco.

CHARO.—Entonces me despido de la venta a la salida...

CHEVROLET.—(*Encaminándose a la primera izquierda.*) ¡Va, señoritos! ¡Sí, está libre! (*Y desaparece.*)

GURRÚTIEZ.—¡Juanelo, que ha cargao el Chevrolet!

JUANELO.—Pues voy a adelantar mi coche, que estaba detrás. (*Vase también por la izquierda.*)

GURRÚTIEZ.—¡Aproxima el mío!

CHARO.—(*Ofreciéndole un clavel a Pilar.*) ¡Que sí, que tengo gusto en regalárselo!

PILAR.—Bueno, muchas gracias, mujer.

CHARO.—No me cuesta na el ser fina. Es decir, me cuesta...;

¡mejor! ¡Que me cueste lo que me cueste! (*Y se retira de la taquilla.*)

JUANELO.—(*Dentro.*) ¡Gurrútiez, un servicio!

GURRÚTIEZ.—¿Pa quién?

JUANELO.—¡Pa tu Ford!

GURRÚTIEZ.—¡Ay, Ford de mis entrañas, como yo te vea esta madrugada camino de casa de Camorra! (*Sale corriendo por la primera izquierda.*)

CHARO.—¡Gracias a Dios que se ha largao esa gentuza, chico!

GAMUZA.—¡Les tengo una hincha!... Se pitorrean de mí, Charo.

CHARO.—¡Déjales! Too eso es envidia... ¿Has mandao tu retrato al concurso?

GAMUZA.—Esta mañana.

CHARO.—¡Mira que si te premian por guapo!

GAMUZA.—Si me premian y tú me quieres...

CHARO.—¿Ya empiezas?

GAMUZA.—Empiezo, pero nunca me dejas terminar.

CHARO.—Te he dicho mil veces que no me sirves pa marido.

GAMUZA.—¿Por qué?

CHARO.—¡Porque no! ¿Qué adelanto casándome contigo, di? ¿Qué porvenir nos aguarda? Tú a seguir limpiando botas en el "Bar Amable" y yo a vender día y noche por esas calles...

GAMUZA.—¡Ni pensarlo! Serías la dueña de nuestro hogar, estarías en casa...

CHARO.—¡En seguidita! Encerrada en casa y mientras tú callejeando por ahí, con lo bonito que eres. ¡No, hijo! Los celos no me dejarían vivir. Te estimo mucho, muchísimo; pero na más.

GAMUZA.—¡Ingrata!

CHARO.—Tengo soñao que he de llegar muy alto.

GAMUZA.—Las novelas que te se han metido en la chola.

CHARO.—No, Gamuza; las novelas no. ¡La vida! Llegar muy alto; pero no al igual que otras, que comenzaron vendiendo periódicos como yo y ahora arrastran coche.

GAMUZA.—¡Coche! ¿A costa de qué?

CHARO.—No pases cuidao, que ya sé que no tengo tipo ni cara pa tanguista.

GAMUZA.—¡Es que si yo te viese tangueando con un pollo "pera"!...

CHARO.—Yo quiero subir por lo decente, del brazo de un hombre que no se avergüence de mí.

GAMUZA.—Vas a volverte majareta a causa de las lecturas.

CHARO.—¡Con esas ilusiones me alimento!

GAMUZA.—¡Es que te quiero, Charo!

CHARO.—¡Pero si no me convienes en calidad de marido! Un

esposo más guapo que su señora es un inconveniente muy grande pa la felicidad matrimonial.

GAMUZA.—¿Tengo la culpa de ser tan bonito?... ¡Maldita sea!

CHARO.—No reniegues de lo que te ha concedido Dios. Puede que eso te traiga la suerte el día de mañana.

GAMUZA.—¿Suerte yo?

CHARO.—Toos la tenemos alguna vez. Pa mí será la suerte el momento dichoso en que deje de ver a mi tía...

(*Segundos antes ha salido por el último término de la izquierda la SEÑA MAXIMA, sin ser vista por la CHARO.*)

GAMUZA.—¡Tu tía!

CHARO.—Sí; a mi tía, a mi tía. No te asustes.

GAMUZA.—¡Digo que tu tía! ¡Que está ahí!

CHARO.—¡Aguanta!

MÁXIMA.—¿Seguimos vagueando, eh?

CHARO.—¡Como no desee usted que le coloque un clavel a esa farola!

MÁXIMA.—¡Ya te ajustaré yo las cuentas, coplera!

GAMUZA.—¡En presencia de un servidor, ni que lo piense usted! Ahora estoy franco de servicio y puedo disponer del cepillo.

MÁXIMA.—Pues pásalo y te echaré una perrita gorda antes de oír el sermón. Oye, salao, ¿sabes lo que te digo?

CHARO.—(¡Se mascan las bofetás!)

MÁXIMA.—Que pa tutor eres muy joven entavía, y pa señora de compañía te falta el *güito*.

GAMUZA.—¡Si no mirara!

MÁXIMA.—¡A mi sobrina no la seduces tú con esa cara de maniquí de sastrería!

CHARO.—De la cara no tiene usted que decir na.

GAMUZA.—¡Maldita sea!

MÁXIMA.—¿Qué sucede?

GAMUZA.—¡Va a suceder!

MÁXIMA.—¡Qué miedo!

GAMUZA.—¡Lo veremos! (*Entrase en el bar más quemado que las ánimas.*)

CHARO.—¡No te sofoques, muchacho!

MÁXIMA.—Te agrada demasiao el palique con esa calcomanía. Ya sabes que no quiero coquetismos; que hay cosas que principian por un *flirte* y aluego...

CHARO.—Pues quíteme usted de esta vida de la calle.

MÁXIMA.—¡Pa tenerte en casa arrecostá en una meridiana!

CHARO.—No, señora. ¡Na de meridianas, que no sé lo que es! Pa ponerme a ganar un jornal en un oficio; pa ser una mujer y no un pingo callejero.

MÁXIMA.—¡Haber nacido en la familia de Medinaceli!

CHARO.—¡Tenían hecho el padrón cuando yo nací! Déjeme que yo me las apañe por el mundo; pero no me obligue a estar en el arroyo día y noche, que esta vida que llevamos es muy ingrata y hace falta tener mucho corazón y mucha vergüenza pa no caer en lo más malo.

MÁXIMA.—¿En dónde has leído eso?

CHARO.—No son lecturas. Son cavilaciones. Consienta usted en lo que es mi gusto.

MÁXIMA.—¿Quién te ha engañao, hija?

CHARO.—Usted cuando me llama hija.

MÁXIMA.—¡Echa pa alante!

CHARO.—¡No, señora!

MÁXIMA.—¡Charo, que me estás buscando!

CHARO.—¡Ojalá no la encontrara!

MÁXIMA.—¡Desagradecida!

CHARO.—¿Qué tengo de agradecerle? ¿Verme así? ¿Con el cielo por techo y el porvenir en tinieblas? ¡Vaya un obsequio!

MÁXIMA.—¡Me voy por no matarte!

CHARO.—Menos mal que ha tenido usted esa buena ocurrencia.

MÁXIMA.—A ver si vendes algo cuando salga el público del cine.

CHARO.—Falta un rato largo pa la salida.

MÁXIMA.—Pero no te descuides... ¡Ay, qué condena de criatura! (*Vase por la derecha.*)

CHARO.—¡Qué condena! ¡Qué martirio digo yo!... ¡Bah! ¡Allá congojas! (*Se aproxima otra vez a la taquilla.*) ¿No cierra usted esta noche, señorita Pilar?

PILAR.—Ahora cerraré.

CHARO.—Ya me hago cargo por qué no se da usted prisa. Pa ver si pasa el jovencito transeunte de hace dos noches.

PILAR.—¡Qué va!

CHARO.—¡Como que no le gusta!

PILAR.—¿Quién te lo ha dicho?

CHARO.—¡Tonta que es una! No hay más que verla a usted cuando pasa el pollo por delante del cine, que saca usted la cabeza por la taquilla que parece un muñeco del pim pam pum.

PILAR.—Por curiosidad.

CHARO.—¡Por culpa del lao izquierdo, que nos hace cometer cada disparate!...

(*Por la primera derecha llegan una JOVEN y un POLLO. Vienen cogidos del brazo, muy amartelados, sin reparar en nada ni en nadie. Se acercan a la taquilla, sin soltarse un momento el uno del otro.*)

POLLO.—Dos butacas de principal.

CHARO.—¿Un clavelito?

JOVEN.—Estamos de luto.

CHARO.—Les acompaño en el sentimiento. ¿El duelo se despide en el cine?

POLLO.—¿Qué fila tiene?

CHARO.—¡Déselas de las buenas, que son pa los Amantes de Teruel, que están de paso en Madrid!

PILAR.—Ahí lleva dos de la última fila...

CHARO.—De las especiales pa las parejas.

POLLO.—(*Abonando el importe.*) Tenga.

CHARO.—Una perra pa la florista, señorito.

POLLO.—Aparta, aparta...

JOVEN.—¡Huy, qué pesada!

CHARO.—¡Lléveme el gordo, que le va a tocar!

JOVEN.—¡Quia! ¡No me toca nunca!

CHARO.—¿Tiene valor de decir que no la toca y no la ha soltao ni pa sacar los cuartos?

JOVEN.—¡Descarada!

(*La Joven y el Pollo entran en el cine.*)

CHARO.—¡Que aproveche la obscuridad!... ¡Qué cosas se ven en los cines! Es decir, ¡qué cosas no se ven!

PILAR.—Bueno, Charo, por hoy se ha rematao, que es muy tarde. Hasta luego o hasta mañana.

CHARO.—Usted lo pase bien. Descuide, que si viene Berúlez antes de usted salga, yo la avisaré.

PILAR.—Muchas gracias. (*Pilar cierra la taquilla y desaparece.*)

CHARO.—(*Avanzando al primer término y mirando a todos lados.*) ¿Andará por ahí mi tía?... No se la ve por parte ninguna. (*Sentándose en el banco y sacando del bolsillo del delantal un ejemplar de "La Novela Corta"*) Después de too, si me gano una "manguzá"... Me quedé cuando Ramiro Castromonte le dice a Paquita la Cretona: "¡Te llevo al Cairo!..." ¿Qué será eso del Cairo? Algún cabaret, seguramente. (*Pasando unas hojas hasta dar con el párrafo que busca.*) ¡Aquí! (*Leyendo en voz alta.*) "Paquita, negra de mi alma, gitana de mi sangre..." ¡Mi madre, cómo habla este hombre! ¡Qué ladrón! ¡Es imposible que Paquita se resista a seguirle! Yo que ella me soltaba el pelo y me iba, aunque no tuviese hecho el equipaje.

(*La Charo continúa leyendo, y sale por la izquierda DON VALENTIN RIOJA. Este don Valentín es un caballero de cuarenta y tantos años, de porte señoril y simpático. Viste bien, con natural elegancia.*)

DON VALENTÍN.—Debe ser aquí... "Bar Amable". Sí, aquí es. (*Consultando su reloj de bolsillo.*) La una menos veinte. Todavía es temprano. Le aguardaré. (*Se sienta en la primera mesa y da una palmada.*)

CHARO.—(*Que no se ha enterado de la llegada de don Valentín, y dando un brinco al oír la palmada.*) ¡Eh!... ¡Ay, qué susto! Me pareció una bofetá y creí que era mi tía!... Usted disimule, pero me había alarmao.

DON VALENTÍN.—¿Por qué?

CHARO.—(*Levantándose y yendo al lado de él.*) Son cosas de familia muy largas de explicar... ¿Un clavelito?

DON VALENTÍN.—No me gustan las flores.

CHARO.—Pues tiene usted muy mal gusto.

DON VALENTÍN.—Puede que sea eso.

(*Sale DONATO del bar.*)

DONATO.—¿Llamó el señor?

DON VALENTÍN.—Tráigame café.

DONATO.—En seguida. (*Vase.*)

CHARO.—¿Y un décimo quiere usted?

DON VALENTÍN.—No.

CHARO.—¿Tampoco le gusta la lotería?

DON VALENTÍN.—No juego nunca.

CHARO.—Usted no jugará, pero tiene usted unas niñas la mar de juguetonas!

DON VALENTÍN.—¡Ah, sí!

CHARO.—Como que mira el caballero de una forma tan expresiva que hasta los claveles se quieren salir del bote...

DON VALENTÍN.—¡Muchacha!...

CHARO.—¡A mí sí me agradan las flores!

DON VALENTÍN.—Ya se ve.

(*Sale DONATO con el servicio de café.*)

DON VALENTÍN.—Solo...

CHARO.—¡Solo! ¡Qué disimulo pa no convidarme!... Déme usted un terrón.

DON VALENTÍN.—Está bien. (*Donato se retira.*)

CHARO.—Démelo, señorito. Ande, que es pa la perra. Démelo usted.

DON VALENTÍN.—Toma, para que te calles.

CHARO.—Gracias. (*Se lo come.*)

DON VALENTÍN.—¿No decías que era para la perra?

CHARO.—Es que en mi casa la perra soy yo. ¡Me lo dicen tantas veces al día!

DON VALENTÍN.—¿Cómo te llamas?

CHARO.—La gente me conoce por la Charo; pero mi nombre de pila es Brígida. ¡Amos, mire usted que ponerme Brígida, con lo desacreditao que está ese nombrecito!

DON VALENTÍN.—¿Y por qué te dicen la Charo?

CHARO.—Por mi madre, que vendía periódicos en la puerta de Fornos y tenía ese mote.

DON VALENTÍN.—¿Es heredado, por lo visto?

CHARO.—Sí, señor. Cuando ella vivía, yo era conocida p
la hija de la Charo. Aluego, cuando murió de la gripe, a fa
de otra cosa mejor que dejarme, pues me dejó el apodo?

DON VALENTÍN.—¿Tienes padre?

CHARO.—No, señor, que no le he conocido. Ni mi madre tai poco.

DON VALENTÍN.—Eso sí que es extraño.

CHARO.—No, señor. Verá usted cómo lo comprende. En "punto" de Fornos tenía la parada un cochero que estaba m chales por mi madre, y mi madre, que era muy guapa, tu una mala hora y dió un tropiezo.

DON VALENTÍN.—¿Y de resultas de aquel tropiezo naciste t

CHARO.—¡Menudo gachapazo!

DON VALENTÍN.—¡Cuántas novelas se oyen por el mundo!

CHARO.—¿Le gustan a usted las novelas? ¡A mí muchísim

DON VALENTÍN.—¿Sabes leer?

CHARO.—Desde así de peque. ¡Y que he aprendido yo sol

DON VALENTÍN.—¿Es posible?

CHARO.—¡Anda! Cuando no tenía cinco años, ya me echa ban a la calle con unas manos de *Heraldo* pa vender. Pues y mientras no vendía, me estaba sentada en un rincón aprei diendo las letras del periódico. Primero conocí las más grar des y después toas, hasta las más chiquirritinas.

DON VALENTÍN.—Pareces lista.

CHARO.—Tengo mucho afán de aprender cosas.

DON VALENTÍN.—¿Y escribir sabes también?

CHARO.—Pongo mi nombre y unas cuantas palabras más.

DON VALENTÍN.—¿Cómo se escribe amor?

CHARO.—¡Amor se escribe siempre con muchas ilusiones

DON VALENTÍN.—No está mal la respuesta.

CHARO.—Las comas son las que no me entran de la escritu ra. Las coloco en donde me parece. ¿A usted qué le parece

DON VALENTÍN.—Que eres muy simpática.

CHARO.—¡Huy, por Dios! ¡Qué risa! ¿No decía usted que n le agradaban las flores? Permítame que le ponga un clavel e el ojal.

DON VALENTÍN.—No, mujer.

CHARO.—¡Que sí, que tengo yo mucha satisfacción! Y cons te que no lo hago por la peseta que va usted a darme, ¿verda usted?

DON VALENTÍN.—Bueno. (*Le da una peseta.*) Toma.

CHARO.—¡Ya no he perdido la noche! Cuando llegue a m casa rendida de andar...

DON VALENTÍN.—¿Vives muy lejos?

CHARO.—En la Perejilera. En un hotel.

DON VALENTÍN.—¡Vaya postín!

CHARO.—En una habitación así... No, más pequeña. Así de grande, con el techo de latas; pero tiene enfrente un banco y dos acacias. ¡Un hotel! Lo que no tiene es baño.

DON VALENTÍN.—¡Qué célebre!

CHARO.—¡Yo me carcajeo da mi sombra! En encontrando allí por las noches un camastro pa dormir... ¡y soñar!

DON VALENTÍN.—¿Con qué sueñas tú?

CHARO.—Por ahora con seis pesetas.

DON VALENTÍN.—¡Qué cantidad más insignificante y más rara!

CHARO.—No, señor, que no es rara. Yo suspiro por entrar en un taller, en un comercio, en cualquier sitio en donde me gane un jonal de seis pesetas.

DON VALENTÍN.—¿Ha de ser precisamente de seis pesetas?

CHARO.—Sí, señor. Es lo que necesito pa vivir sin estrecheces. Atienda. Tres pesetas diarias pa comer, que la comida es lo primero, porque pobre y anémica se queda una hecha un asquito; una peseta de casa y otra pa vestir...

DON VALENTÍN.—Son cinco.

CHARO.—Ya está.

DON VALENTÍN.—Te queda una.

CHARO.—No, señor; porque como los domingos no se trabaja, no se cobra.

DON VALENTÍN.—Es verdad.

CHARO.—Por eso dejo una sobrante de ca día de la semana y tengo las cinco que necesito pa el domingo.

DON VALENTÍN.—Todavía te sobra una.

CHARO.—Esa pa ir al teatro, a ver a la Loreto y a la Bárcena, que me río muchísimo con ellas.

DON VALENTÍN.—¡Es un plan estupendo!

CHARO.—Y barato. Ya ve usted: ¡seis pesetas!

DON VALENTÍN.—Con poco te conformas.

CHARO.—Pa más adelante tengo otras ambiciones.

DON VALENTÍN.—¿Qué te aumenten el jornal?

CHARO.—¡Más, mucho más! ¡Un automóvil propio!

DON VALENTÍN.—Esas son palabras mayores.

CHARO.—¡Por soñar que no quede! ¿Usted tiene auto?

DON VALENTÍN.—Uno regularcito.

CHARO.—¿Va usted muy lejos con él?

DON VALENTÍN.—Según la gasolina que lleve.

CHARO.—¡Qué gusto!

(*Quedan los dos pensativos unos momentos.*)

DON VALENTÍN.—¿Sabes trabajar en algo?

CHARO.—No, señor; pero ya aprenderé. Cuando una se empeña aprende too lo bueno y too lo malo en dos días.

DON VALENTÍN.—¿Tienes voluntad?

CHARO.—Tengo afán por dejar esta vida de golfería.

DON VALENTÍN.—¿Nadie te inculcó esas ideas?

CHARO.—¿Cómo dice usted de colocó?

DON VALENTÍN.—¿Que si nunca te aconsejaron todo eso que dices tan pintorescamente?

CHARO.—¿Aconsejarme? ¡Usted no conoce a mi familia! Yo cavilo y cavilo a solas con mi desventura. ¡Nadie me hace caso! Toos me dicen que soy un pingo. ¡Jamás encontré un caballero tan fino y tan bueno como usted!

(*Por la derecha llega MARCELO, el amigo a quien esperaba don Valentín. Marcelo es un señorito flamenco de treinta años de edad y treinta lustros de pillería. Lo que se dice "un punto" desaprensivo y vago.*)

MARCELO.—¡Hola!... (*Se sienta al lado de don Valentín.*)

CHARO.—¡Nos han cortao la interviú!

MARCELO.—¿Qué hay? ¿Hace mucho que aguardas?

DON VALENTÍN.—Un cuarto de hora.

MARCELO.—(*Toca las palmas.*) ¿Se puede refrescar?

CHARO.—¿Quiere usted el gordo?

MARCELO.—¡Vamos, nena, circula, circula!...

CHARO.—Huy, el guardia, que se ha tragao kilo y medio de antipatía!

MARCELO.—¡Que te largues, pelmaza!

DON VALENTÍN.—Déjala, hombre.

CHARO.—¡Ya me voy, ya me voy!... No comprendo cómo usted, que es tan atento, puede ser amigo de aquí, de don Sonrisas, que parece que ha pillao un cólico de bilis.

(*Sale DONATO del bar.*)

DONATO.—El señor dirá...

MARCELO.—Tráeme una de "El Aguila".

CHARO.—¡Y otra de Cestona, que es buena pa el hígado!... ¿Le pongo una flor?

(*Vase Donato y vuelve a poco con la cerveza.*)

MARCELO.—¡Agüeca, sinapismo!

CHARO.—¡Hijo, qué antipático es usted! ¡Ya quisiera ser tan simpático y tan amable como su amigo!

DON VALENTÍN.—Muchas gracias.

CHARO.—¡Así deben ser los hombres! (*A un gesto de Marcelo y marchándose por la primera izquierda.*) ¡Que ya me voy!... ¡El de la suerte! ¡Ahí va un capicúa por tres pesetas!... (*Con un mohín burlón.*) ¡Ah! ¡Antipático, que tiene usted toa la cara de idiota de un radioescucha!... ¡Mañana sale! ¡A real clavelitos! (*Y desaparece.*)

DON VALENTÍN.—Bueno, díme qué te ocurre para motivar esta cita tan inesperada.

MARCELO.—Pues na, Valentín, que ha surgido el momento de

que hablemos de un asunto muy delicao pa una persona educada y honorable como yo. A prima noche ha llegao mi hermana a casa...

DON VALENTÍN.—No sigas. Ya sé lo que vas a decirme. Me he enterado de la pelotera que han tenido Rafaela y mis hijos.

MARCELO.—¡A mi pobrecita hermana la han ofendido sin piedad! ¡Te participo que no he cometido a estas horas un desatino en obsequio a ti!

DON VALENTÍN.—Mañana hablaré con mis hijos.

MARCELO.—¿Qué es lo malo que hace mi pobrecita hermana?... ¡Quererte más que a su sangre!

DON VALENTÍN.—Créeme que me preocupa mi situación, Marcelo.

MARCELO.—¿Por qué? ¿No eres viudo? ¿No eres libre?

DON VALENTÍN.—Pero la actitud de mis chicos...

MARCELO.—¡Los niños deben morderse la lengüecita antes que hablar mal de su padre! Después de todo, ¿qué crimen has cometido?

DON VALENTÍN.—Eso mismo me pregunto yo muchas veces.

MARCELO.—Una pasión lógica, cosas naturales entre hombres y mujeres. Que mi hermana entró de oficiala en tu fábrica, que te gustó, que tú le agradaste a ella y que como ambos erais viudos y, por consiguiente, libres, os emperrasteis en quereros. ¿Puede haber en todo eso motivo pa algo de crítica?

DON VALENTÍN.—Pero como Rafaela ha llegado en casa a lo que ha llegado...

MARCELO.—¡A encargada del taller na más! ¡Pa eso es lista la chica! Así no se pensará la gente sensata que va por tus dineros, sino por el sueldo que honradamente gana. ¡Mundo envidioso!

DON VALENTÍN.—También tú hablas de más algunas veces y te vas un poquito de la lengua, Marcelo. Sería conveniente, para evitar más disgustos en lo sucesivo, que no fueras a diario por el taller.

MARCELO.—Perdona, Valentín. No imaginé que pudieras incomodarte.

DON VALENTÍN.—¡Por si acaso! (*Don Valentín toca las palmas y a la llamada saldrá DONATO del bar.*) No creo que mis hijos insistan en su amenaza de marcharse con la abuela; pero si...

MARCELO.—Descuida, que no se marcharán del domicilio por ahora. Se irán más adelante, cuando cada uno encuentre el cariño que le robe el tuyo, porque eso es la ley de la vida. Entonces te verás tú cargao de años y más solo que un hongo.

DON VALENTÍN.—¿Solo por qué?

MARCELO.—Hombre, mi hermana tiene paciencia y te quiere; pero está soportando ya demasiao.

DONATO.—¿Llamaron ustedes?

(*Don Valentín se levanta y entrega unas monedas a Donato.*)

DON VALENTÍN.—Tenga.

DONATO.—Gracias, señorito.

(*Marcelo coge a don Valentín por un brazo y ambos se encaminan a la primera izquierda. Donato retira los servicios.*)

MARCELO.—¡Alegra el semblante, que todo tiene arreglo en este mundo!

DON VALENTÍN.—¿Estaba muy enfadada Rafaela?

MARCELO.—¡Natural! La cosa no es como pa que cante la "Ramona" a media luz.

DON VALENTÍN.—¡Llevo unos días!

MARCELO.—¡Allá películas familiares!... ¿Quieres que vayamos un rato al cabaret del Alkázar?

DON VALENTÍN.—No. Te acompaño charlando hasta Sol y luego regreso pa irme a dormir.

(*Al ir a hacer mutis por la primera izquierda sale otra vez por este término la CHARO.*)

CHARO.—¡Atiza! ¡Daoiz y Velarde de transeuntes!... ¡Buenas noches, señorito!... (*A don Valentín.*) Ya sabe usted que yo le deseo muchas cosas buenas.

MARCELO.—¿Una conquista, tú?

CHARO.—¡Una galantería! Yo ando por aquí toas las noches, de manera que...

DON VALENTÍN.—Bueno; vendré a hacerte una visita.

CHARO.—¡Ojalá! Pero no le aguardo.

DON VALENTÍN.—Pues aguárdame.

CHARO.—¿Cuándo?

DON VALENTÍN.—Mañana o pasado.

CHARO.—¡No me tome usted el pelo!

MARCELO.—¡Abrevia, hombre!

DON VALENTÍN.—¡Hasta la vista, Charo!

CHARO.—¡Vaya con Dios, señorito! (*Vanse don Valentín y Marcelo.*) ¡Adiós!... ¡Adiós!... ¿Qué me pasa que lo veo too con muchas luces? ¡Ay, madre, qué alegría! (*Se sienta en el banco.*) ¿Y por qué estoy tan alegre? Después de too, ¿qué me ha dicho ese caballero? ¿Qué te ha dicho, Charo? Me ha llamao lista, inteligente, simpática... ¡Amos, tonta del bote, no seas ilusa!...

(*Sale PILAR del "Cine Toledo". Luce un vaporoso traje de calle y el arte con que sabe peinarse la niña.*)

PILAR.—¿Con quién hablas, Charo?

CHARO.—Con mi conciencia.

PILAR.—¡Chica, qué pirandeliana!... ¿Ha pasao?

CHARO.—¡Hija, le ha faltao a usted tiempo pa preguntarme por él! ¡Y aluego dice que no le hace tilín!

PILAR.—(*Sentándose también en el banco.*) Eres muy curiosa.)

CHARO.—Que me entusiasman las cosas de novios y de llevar y traer. ¡Como me llamo Brígida! A mí me se figura que usted se va a arreglar con el del frégoli gris.

PILAR.—No quiero hacerme ilusiones. Soy muy desgraciada para los novios. El primero que tuve se fué a Melilla.

CHARO.—¿Y se lo mataron en la guerra?

PILAR.—Encontró allí una mora que le hizo olvidarse de mi cariño.

CHARO.—¡Las moras son muy indigestas!

PILAR.—Después, cuando estaba de taquillera en la Latina, me salió otro: un muchacho de Alicante que hasta me timó veinte duros en cierta ocasión.

CHARO.—¡Qué prima! ¿El de Alicante le pidió los veinte duros pa turrón?

PILAR.—Para pagar un taxi que habíamos tomao.

CHARO.—¡Huy, qué inocente! ¡Veinte duros pa coche! ¡Ni que viniesen ustedes dando un paseo desde las islas Canarias! ¿Y cómo se llamaba el alicantino, pa estar yo prevenida por si me hace el amor?

PILAR.—José María Serrano.

CHARO.—¿José María? ¡Tiene nombre de ladrón!

PILAR.—Por eso te digo que estoy tan desengañada... ¡He pasao ratos muy amargos!

CHARO.—Cuando sienta usted que se la comen las amarguras, mire pa el cielo.

PILAR.—¿Qué se ve mirando hacia arriba?

CHARO.—Las estrellas.

PILAR.—¡Vaya un descubrimiento!

CHARO.—¡Anda! Hay que saber mirarlas... ¿Ve usted aquella que brilla tanto y que cae por encima de la torre de Santa Cruz? ¡Pues es la mía! Toas las noches, a esta hora, la veo allí.

PILAR.—¡Cuántas hay!

CHARO.—Por ahí andará la de usted... Yo hablo muchas veces con la mía... Cuando la hablo, la estrella parece que quiere iluminarme más. ¡Me tiene consolaos muchos pesares!... Busque usted la suya y no deje de mirarla nunca.

PILAR.—Bueno; la buscaré.

CHARO.—Usted ha de tener seguramente una muy bonita.

PILAR.—¡Aquélla me gusta!... Pero, oye, se me ocurre una cosa, ahora que la estoy mirando. Cuando está nublao ¿qué pasa?

CHARO.—¿Cuando está nublao? ¡Pues es que va a llover!
PILAR.—¿Entonces no verás la tuya?
CHARO.—¡Claro! Por eso hay días en que no está una pa na y too le sale negro.
PILAR.—¡Sería extraño que no encontrases una salida!
CHARO.—(*Señalando a la derecha.*) ¡Ay, señorita Pilar, que ya viene! ¡Mírele, mírele, mírele!...
PILAR.—¡Calla, no seas escandalosa!
CHARO.—¡Pa que luego se ría de las estrellas! ¡Pocha es la que tiene usted!... ¡Ya está aquí el del frégoli! (*En efecto, aparece PABLO por la derecha. Es un joven no mal parecido y con flamante indumento. Al llegar se azora un poco, se detiene unos instantes, va a leer las carteleras del cine por hacer algo. Y al fin queda plantado en mitad de la plazuela.*) ¡Bueno, yo me voy!
PILAR.—¡Disimula, mujer!
CHARO.—¡Pero si desea usted que me largue cuanto antes!... ¡Sereno!...
PILAR.—¡Que va a venir!
CHARO.—Eso es lo que usted quiere. ¡Que venga!
PILAR.—¿El sereno?
CHARO.—(*Indicando el corazón de Pilar.*) ¡El inquilino que va a tomar ese cuarto!... ¡Está cerrada la taquilla!
PABLO.—¿Cómo dice?
CHARO.—¡Que la taquillera ha salido!
PILAR.—¡Pero, Charo!...
CHARO.—¡Tengo una sed! (*Levantándose.*) Voy a tomarme una horchata... (*Al pasar por delante de Pablo.*) No sea usted primo, que está por usted.
PABLO.—¿Quién?
CHARO.—¡La Cibeles!... ¡Amos, hombre, aproveche, que ni siquiera trato de darle la lata colocándole un décimo! ¡Y mañana venga usted más temprano, hijo, que estábamos ya con el alma en un hilo!... ¡Ah! ¡Que cuento con que me invite, si hay bodorrio!...

(*La CHARO entra en el bar. Hay una pausa embarazosa para Pilar y Pablo. Este, después de costarle algún trabajo decidirse, se acerca a la taquillera.*)

PABLO.—¿Le molesta que le acompañe?
PILAR.—¿Adónde?
PABLO.—(*Sentándose.*) ¡Al banco!
PILAR.—Le advierto que no voy a ingresar.
PABLO.—Pues es usted bien rica.
PILAR.—¡Por mi casa!
PABLO.—¡Por su cara!...
PILAR.—¡Gracias!

PABLO.—¡Y por su cuerpo!

PILAR.—¡Muchas gracias!

PABLO.—¡Vaya fortuna!

PILAR.—¿La de quién?

PABLO.—La de sus papás.

PILAR.—¡Soy huérfana!

PABLO.—¿De madre?

PILAR.—¡De un guardia de la porra! Murió atropellao en un paso para peatones.

PABLO.—Salud para encomendarle a Dios.

PILAR.—¡Ya está encomendao!

(*Pausa.*)

PABLO.—¿Aguarda usted el tranvía?

PILAR.—¡Aguardo un imposible!

PABLO.—Lo decía porque como está cerca la parada discrecional...

PILAR.—Pues la discreción se impone.

PABLO.—No se enfade.

PILAR.—¿Yo? ¿Con quién?

PABLO.—Conmigo.

PILAR.—¿Y usted qué me ha hecho para que yo me incomode?

PABLO.—¡Quererla!

PILAR.—¡Oiga, que las películas son ahí dentro!

PABLO.—¿Desea usted que se lo jure?

PILAR.—¿Por su salud?

PABLO.—No va a tener valor el juramento, porque estoy muriéndome.

PILAR.—¡Cambie usted de aires, que eso es muy sano!

PABLO.—Lo que necesito es cambiar de estado.

PILAR.—¿Para quedarse viudo?

PABLO.—Soy soltero.

PILAR.—¿Desde cuándo?

PABLO.—Desde que nací.

PILAR.—¡Huy, qué precocidad!

PABLO.—¡Negra!

PILAR.—¡Cuidao, que viene gente!

(*Sale CHEVROLET por la izquierda, atraviesa la escena y entra en el bar.*)

PABLO.—¿En dónde podríamos vernos mañana?

PILAR.—¡En mi casa, delante de papá!

PABLO.—Pero ¿no está difunto?

PILAR.—¡Es que tengo padrastro!

PABLO.—¡Lo que tiene usted es más sombra que la nueva plaza de toros! ¡Y ole!

PILAR.—¿De dónde es usted?

PABLO.—¡De Sakuska!

PILAR.—¿Pilla eso muy lejos?

PABLO.—En la calle Alcalá. ¡De Madrid, alma mía! ¿Y usted?

PILAR.—Yo soy de pueblo.

PABLO.—¡A ver si la doy el timo!

PILAR.—(*Levantándose.*) ¡No, timos no, que ya estoy escarmentada!

PABLO.—No se alarme, que fué una metáfora.

PILAR.—¡Por si acaso!

PABLO.—Le entrego a usted una tarjeta con mi nombre, mi señas y los antecedentes de mi familia. ¡Más seriedad, imposible!

PILAR.—Lo que yo deseo es menos coba.

PABLO.—¡Le juro que vengo por las buenas, porque me gusta usted... más que arroparse cuando se tiene la gripe!

PILAR.—¡Es mejor la aspirina!

PABLO.—¡No se marche!

PILAR.—Ya es muy tarde. Mañana continuaremos.

PABLO.—¡Mañana me cuelo en la taquilla del cine y me reserva usted una delantera de paraíso!

PILAR.—Están todas abonadas.

(*Se dirigen ambos a la izquierda.*)

PABLO.—La pagaré doble.

PILAR.—Con que la pague usted con cariño.

PABLO.—¡Pero si me voy a arruinar queriéndola en una verbena este verano!

(*Y vanse los dos, entregados el uno al otro, por la primera izquierda. Sale CHEVROLET del bar.*)

CHEVROLET.—No han vuelto ésos. Han tenido más suerte que *mangue.*

(*Salen del bar la CHARO y GAMUZA. Este trae en la mano el cepillo de dar lustre y se muestra indignadísimo.*)

CHARO.—¡Jesús, y qué pelma!

GAMUZA.—¡Coqueta, más que coqueta!

CHARO.—¡Mira lo que hablas, Toribio!

GAMUZA.—¡Frívola!

CHARO.—¡Betunero!

CHEVROLET.—¿Qué os pasa?

CHARO.—¡Este, que se ha emperrao en que le tengo de querer a la fuerza, y yo no le quiero!

GAMUZA.—¡Esa, que es una mujer fatal. ¡Estaba coqueteando y timándose con el del mostrador!

CHARO.—¿Coqueteando? Que le dije que me sirviera una horchata y él me preguntó que si colada. Yo le respondí que co-

lada, pero que no por él... Amos, por el del mostrador. ¡Si eso es coquetismo!

GAMUZA.—¡Eso es dejarme en muy mal lugar! ¡Ya sabes que no consiento que hables con nadie!

CHARO.—¿Te he dao yo palabra de na? ¡Que te limpies, "limpia"!

(*En la puerta del bar aparece el CABALLERO que cruzó antes la plazuela. Mostrará un zapato de color y el otro ya teñido de negro por Gamuza.*)

CABALLERO.—¡Oiga, joven, que le estoy aguardando hace un buen rato! Me ha dejado usted ahí dentro suscrito al *Blanco y Negro!* ¡Que tengo mucha prisa!

GAMUZA.—¡Perdone, caballero, pero es que me urgía hablar unas palabas con esa prójima!

CABALLERO.—¿Ha terminado ya?

CHARO.—Sí, señor.

GAMUZA.—¡No, señor!

CABALLERO.—Entonces me sentaré en esta silla, y desde aquí puede continuar la conversación con ella mientras acaba conmigo, porque estoy hay que concluirlo.

GAMUZA.—Sí, señor.

CABALLERO.—Vaya por la caja.

GAMUZA.—¡Pa tirársela a la cabeza! (*Vase.*)

CHARO.—¡Ya será algo menos! (*Al Caballero.*) Conmigo no tiene él que hablar na, ¿sabe usted? Es que le ha entrao por mí una pasión de esas de ¡o me amas o te señalo!, y me trae frita, porque a mí no me gusta su tipo.

(*Sale GAMUZA con la caja.*)

GAMUZA.—¡Quita de ahí, perversa!

CHARO.—¿Ve usted qué modales? Si es lo que yo le estoy diciendo siempre. ¡Menos guapura y más finura!

(*Llega GURRUTIEZ por la primera izquierda.*)

GURRÚTIEZ.—No he pasao de la Cuesta... ¡Pero de la de San Vicente! Total, ¡un servicio de dos cuarenta, Chevrolet!

CHARO.—¡No te enfades!

GAMUZA.—¡Aparta, flor del mal!

CHARO.—¡Bah! ¡Te desprecio! (*A Gurrútiez.*) Ya podías invitarme a dar un paseo en tu taxi.

GURRÚTIEZ.—¿A ti? ¡Jajay! ¡He tenido un pinchazo!

CHARO.—¡Qué poco galante!

GURRÚTIEZ.—Pero ¿adónde voy contigo, desgraciá?

CHEVROLET.—¡A la cárcel!

CHARO.—¡A la cárcel irá con tu abuela la adúltera!

GURRÚTIEZ.—(*Dándole un manotazo.*) ¡Amos, anda y no molestes, atontá!

CHEVROLET.—¡Quita, birriosa! (*Tratándola tan cruelmente como Gurrútiez.*)

CHARO.—¡Ay, que me han pegao! ¡Defiéndeme, Gamuza!

GAMUZA.—¡Maldita sea!...

CABALLERO.—¡Ca! ¡Hasta que no termine conmigo no le suelto! (*Le ha agarrado por la blusa y trata, además, de sujetarle con la pierna que tiene libre.*)

CHARO.—¡Atreverse con una mujer indefensa! ¡Pegarme otra vez, si sois tan valientes!

CHEVROLET.—¡Afuera pingos!

CHARO.—¡Choféres! ¡Chulánganos!

GURRÚTIEZ.—¡Si no te callas!... (*Arrebatándole el bote con los claveles.*)

CHARO.—¡No, los claveles, no; que me mata mi tía!

GURRÚTIEZ.—(*Tirando los claveles al suelo y pisoteándolos en unión de Chevrolet.*) ¡Pa que no molestes!

CHARO.—¡No, los claveles no!...

CABALLERO.—¡Hombre, parece mentira!...

GAMUZA.—¡Yo me pierdo esta noche!

CHARO.—¡Granujas! ¡Sinvergüenzas!... ¡Cómo me han dejao la Rosaleda! ¡Toa chafá!

(*Por el último término de la izquierda llega DON VALENTIN RIOJA, a tiempo de presenciar los últimos instantes de la escena.*)

DON VALENTÍN.—¡Eso es una cobardía!

CHARO.—(*Mientras va recogiendo los claveles.*) ¡Ay, señorito, si supiera usted!...

DON VALENTÍN.—¡Digo que es una cobardía lo que han hecho ustedes con esta muchacha!

GURRÚTIEZ.—¿Es usted su padre?

CHARO.—¡Ojalá!

GURRÚTIEZ.—Ella ¿pa qué nos insulta?

CHEVROLET.—¡Bueno, mire, caballero, porque tiene usted canas, que si no!...

DON VALENTÍN.—¡Las canas me las tiño en cuanto haga falta!

GURRÚTIEZ.—¡Pues sí que le ha salido a la nena un abogao!

DON VALENTÍN.—¡Mejor que ustedes desde luego! ¡Ni siquiera han sabido respetar que es una mujer y que es humilde!

GURRÚTIEZ.—¡Se tendrá en cuenta el consejo gratuito!

DON VALENTÍN.—Si es lo único que quieren ustedes aceptar de mí...

GURRÚTIEZ.—¡Como que vamos a perdernos por esa desventurada! ¡Jajay, qué risa!... ¡Tira pa el taxi, Chevrolet! (*A la Charo.*) ¡Y mañana, en cuanto nos busques, ya verás tú!

CHEVROLET.—¡La culpa es nuestra por darla beligerancia!

(*Vanse Gurrútiez y Chevrolet por la primera izquierda.*)

CHARO.—¡Llaman beligerancia a los mamporros!... ¡Muchas gracias, señorito!

GAMUZA.—(*Que ha terminado con el teñido de las botas del Caballero.*) ¡Permítame usted que le estreche la mano!

CABALLERO.—¡Oiga! ¡Ahí tiene! Y otro día vendré con bota y merienda. (*El Caballero paga el servicio a Gamuza y se marcha por la derecha.*)

CHARO.—¡Hay que ver cómo me han dejao el establecimiento! ¡Tendré que anunciar liquidación por derribo!

DON VALENTÍN.—No te apures. ¿Cuánto valen esas flores?

CHARO.—Siete u ocho pesetas.

DON VALENTÍN.—Pues toma... (*Saca la cartera y entrega a Charo un billete de veinticinco pesetas.*) Para que compres nuevos géneros.

CHARO.—¿Qué me da usted?... ¡Cinco duros! ¿Son pa mí?

DON VALENTÍN.—Te los regalo.

CHARO.—¿Los cinco?

DON VALENTÍN.—Sí.

CHARO.—¡Pues déme usted estos otros cinco! (*Cogiéndole una mano.*) ¡Estos de esta mano pa besársela!

DON VALENTÍN.—¡Deja, deja!...

CHARO.—¿Cómo se llama usted? ¿En dónde vive usted?

DON VALENTÍN.—¿Para qué deseas saberlo?

CHARO.—Quisiera conservar toa la vida su amistad, si la mía no le avergüenza!

DON VALENTÍN.—¿Por qué ha de avergonzarme? Ten mi tarjeta. Ahí llevas mi nombre y las señas de mi casa. Si alguna vez me necesitas para algo...

CHARO.—¡Seguramente! ¡Estoy tan necesitá de tantas cosas!

DON VALENTÍN.—Pues ya sabes en donde me encontrarás. Adiós, Charo... Adiós... (*Y se marcha por la derecha.*)

CHARO.—¡Vaya usted con Dios don...! (*Leyendo la tarjeta.*) ¡Don Valentín!... ¡Ay, Gamuza, qué suerte más grande! (*Mostrando el billete en una mano y en la otra la tarjeta.*) ¡Un billete!... ¡Valentín Rioja!... ¡Me vuelvo loca! ¡Cinco duros! ¡Rioja! (*Cantando.*) "¡Esta noche me emborracho bien!..." ¡Ahora mismo, un taxi de cuarenta! ¡Que me traigan patatas fritas!... ¡Muchas patatas!...

GAMUZA.—¡Convídame!

CHARO.—¡Aparta, *méndigo!*

GAMUZA.—¡Ansiosa!

CHARO.—¡No te enfades tú, rico, monín, precioso!... (*Tirándole claveles a cada piropo.*)

GAMUZA.—¡No me eches más flores, porra!

CHARO.—¡Pero si eres muy guapo!

GAMUZA.—(*Sentándose, desconsolado, en una de las sillas del bar.*) ¡Maldita sea!

CHARO.—¡Esto lo ha hecho mi estrella! ¡Allí está!...

(*Sale la SEÑA MAXIMA por la primera izquierda.*)

MÁXIMA.—¡Pero, Charo!...

CHARO.—¡Mi tía! ¡Se nubló la noche!

MÁXIMA.—(*Viendo todos los claveles tirados por el suelo.*) ¿Qué has hecho?

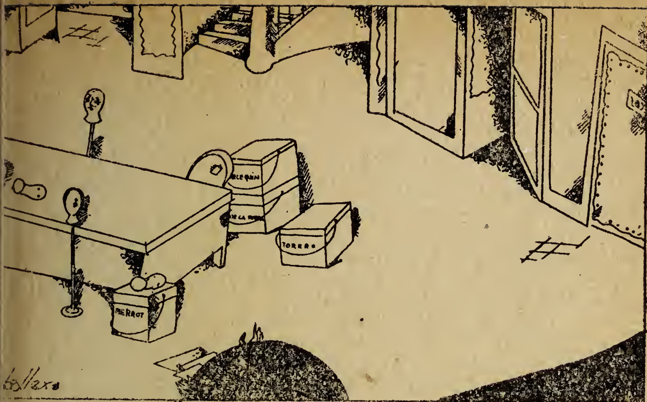
CHARO.—¡Que he traspasao el establecimiento! ¡No llores, Gamuza! ¡Hasta la vista! ¡Quede usted con Dios, tía!

MÁXIMA.—¿Adónde vas?

CHARO.—(*Subiéndose en el banco y mostrando con gran regocijo el billete.*) ¿Que adónde voy? ¡A comprar un cacho de felicidad con estos cinco duros!

TELON





ACTO SEGUNDO

Iuñecos "Dorée" es una fábrica de muñecos de trapo que nuestro ıocido D. Valentín Rioja tiene establecida en una casa de la calle la Magdalena, de Madrid. Nos situaremos en una habitación que :e las veces de trastienda y de taller. Esta habitación tiene en la echa del actor una ventana con reja que da a la calle; en el foro, huecos: uno que comunica con la tienda y otro con el arranque una escalera que sirve de acceso a las habitaciones del entresuelo la finca, y en el lateral de la izquierda, dos puertas de una sola a: la del primer término es la de entrada por el portal, y la del undo conduce al interior de la planta baja. En el centro de la es- ıcia, mesa grande de pino, y encima de ella, cajas pequeñas de car- ., trozos de telas, pelucas y armaduras de muñecos, frascos de pin- a, pinceles, botes con goma y engrudo, rollos de alambre fino, etc., étera. Al lado de la ventana, un armario grande, y las paredes del o, cubiertas hasta el techo por anaquelerías llenas de cajas de car- y muñecos de diversas formas y tamaños. En varios rincones de habitación y alrededor de la mesa, sillas de anea y cajones con vi- as, aserrín y papeles de embalar. Son las doce de la mañana de un día de finales de junio.

(Están en escena: la CHARO, CECILIA, PRESENTA, GINIA y DOMINGA.—Todas son muchachas empleadas la casa del señor Rioja.)

Cecilia y Presenta vestirán mejor y más elegante que sus npañeras, por ser las encargadas del mostrador de la tien- . Charo, Higinia y Dominga trabajan sentadas próximas a

la mesa del centro y Cecilia y Presenta se hallan junto a la puerta del foro.)

CHARO.—*(Que está ocupada en pintar los ojos a la cabeza de un muñeco.)* ¿Queréis dejarme en paz, pelmazas?

CECILIA.—!Qué antipática te pones algunas veces!

CHARO.—¡Pero si es que tengo que trabajar!

DOMINGA.—¡Qué aplicada!

CHARO.—¡Pa eso me pagan!

HIGINIA.—¡Catorce reales! ¡Una fortuna!

CHARO.—Pa mí una suerte muy grande. ¡Bendito sea el señor Rioja!

CECILIA.—¿Vas a contarnos por centésima vez la historieta? El encuentro en la calle con D. Valentín, los claveles por el suelo, la tarjetita... ¡Ja, ja!

CHARO.—¡No te burles! ¿Tú sabes la alegría que es quitarla a una de golfear por el arroyo y tenerla aquí trabajando como es debido?

DOMINGA.—Hoy te ha dao por la gratitud y no nos diviertes.

CHARO.—Pero, ¿es que una servidora está empleada en los "Muñecos *Dorée*" pa divertiros?

DOMINGA.—Porque eres muy salada y nos haces reír un porción con tus cosas.

CHARO.—Pues oye, nena, cuando tengas ganas de reír, ¡cosquillitas en la nariz! ¡Ay, mi madre!

PRESENTA.—¿Qué te ocurre?

CHARO.—¡Que ya me habéis distraído! Le he pintao a este muñeco un ojo que es talmente el de un besugo... Mira, Dominga.

DOMJNGA.—¡Ja, ja, ja! Me se recuerda a mi abuelo.

CHARO.—Pues tienes un abuelo como pa mandarlo a la Exposición canina... ¡Mala compostura le veo esto del ojo a la "virulé"!

PRESENTA.—Te la vas a ganar cuando se entere doña Rafaela.

CHARO.—¡Vosotras tenéis la culpa!

(Por la puerta de la primera izquierda de la calle entra MARIA CRISTINA, una linda señorita de diez y ocho años.)

M.ª CRISTINA.—¡Ay, chicas, qué risa!

CHARO.—¡Buenos días, señorita María Cristina!

M.ª CRISTINA.—¿Ha vuelto mi padre?

CECILIA.—No, señorita.

M.ª CRISTINA.—Desde la calle del Almirante me ha venido siguiendo un pollo de lo más divertido. *(Asomándose a la ventana.)* ¡Ahí está, en la acera de enfrente! *(Todas las muchachas menos la Charo van también a la ventana.)*

DOMINGA.—¿Cuál es?

M.ª CRISTINA.—Ese que va a pelo, con las orejas tan grandes... ¡Qué pinta!

HIGINIA.—¡No está mal del todo!

M.ª CRISTINA.—¡Por Dios, Higinia!... ¡Oye, Charo!...

CHARO.—¿Qué me manda usted?

M.ª CRISTINA.—Acércate... ¿Te gusta aquel chico?

CHARO.—¿Cuál?... ¿Ese que tiene unas orejas como dos torrijas?

(*Ríen las muchachas.*)

M.ª CRISTINA.—¡No escandalicéis!

CECILIA.—Dile algo, Charo.

CHARO.—¡Sí, pa que me tire una oreja y me descalabre!

(*Sorprende la escena RAFAELA, que sale por la segunda izquierda.—Rafaela es una mujer de treinta y cinco años, dura de gesto y altiva de carácter.*)

RAFAELA.—¡Me parece muy bien!

CHARO.—(¡Arrea! ¡Doña Rafaela!)

RAFAELA.—¿Es así como justificáis el jornal?

CECILIA.—(¡Nos caímos!)

RAFAELA.—¡Vosotras, a la tienda! ¡Vamos, vivitas!

CECILIA.—Sí, señora. ¡No hay que ponerse así!

RAFAELA.—¡Me pongo como me da la gana!

(*Vanse Cecilia y Presenta por el foro.*)

CHARO.—(¡Cuando me llegue el turno y vea el ojo que he pintao, va a ser ella!)

RAFAELA.—Tú y tú...

DOMINGA.—¿Yo qué?

RAFAELA.—A empaquetar el pedido de Claris y Villando, para Salamanca.

DOMINGA.—¡Ah, bueno! ¡Jesús qué modos!

RAFAELA.—¡Pues la que no esté conforme, por la puerta se va a la calle!

DOMINGA.—¡Y se toma el tranvía!

RAFAELA.—¡Descarada! (*Higinia y Dominga se marchan por la segunda izquierda.*) Y ahora, escúchame, Charo...

CHARO.—(¡Ay, que ya está aquí!)

RAFAELA.—¡Me tienes muy harta!

CHARO.—Yo estaba trabajando tranquilamente.

RAFAELA.—¿Qué haces?

CHARO.—Pintando ojos.

RAFAELA.—A ver.

CHARO.—(¡Ay!)

RAFAELA.—¡Oh! ¿Qué mamarracho has pintado aquí?

CHARO.—Que me se ha ido un poco la mano en los párpados. ¡Pero no es na lo del ojo! Esto tiene arreglo...

RAFAELA.—¡Y una solución! Largarte a vender de nuevo por las esquinas.

M.ª CRISTINA.—La ha tomado usted con la Charo.
RAFAELA.—Si usted la defiende, Cristina...
M.ª CRISTINA.—Señorita María Cristina. No lo olvide. Aquí soy la señorita María Cristina.
RAFAELA.—¿Hará falta un pliego de papel de a peseta para dirigirse a usted?
M.ª CRISTINA.—Hará falta que recuerde que es una empleada y que yo soy la hija del dueño. No tengo por qué admitir confianzas que no he solicitado.
RAFAELA.—¡Está bien!
(*Vase por la segunda izquierda.*)
M.ª CRISTINA.—¡Qué mujer!
CHARO.—¡Es un guardia con medias "Rebeca"!
M.ª CRISTINA.—¡Cómo se ha puesto porque dije que os asomáseis un momento a la ventana!
CHARO.—Un rato de expansión na más. Eso que los obreros llaman echar un cigarrito. Como nosotras no fumamos...
M.ª CRISTINA.—¡Voy a hacer una barbaridad muy grande!
CHARO.—¡Haga usted lo que la parezca; pero que no me planten a mí en la calle!
M.ª CRISTINA.—¿No has visto, en el mes escaso que llevas aquí, las humillaciones que sufro en mi propia casa?
CHARO.—Tenga usted calma.
M.ª CRISTINA.—¡Pero si es que ya no puedo soportar a esa gentuza! ¿Qué quieres creer que han tramado ahora entre los dos hermanitos?
CHARO.—¿Quedarse en traspaso con la fábrica?
M.ª CRISTINA.—¡Peor!
CHARO.—¡Me pone usted en cuidao!
M.ª CRISTINA.—¡Es algo espantoso!
CHARO.—¡Dígamelo de una vez, que me tiene usted en ascuas!
M.ª CRISTINA.—Que Marcelo me haga el amor
CHARO.—¿A usted?
M.ª CRISTINA.—Suponen que soy tan imbécil que he de consentir...
CHARO.—¡Ay, qué tío fresco!
M.ª CRISTINA.—¡No tienes idea de cómo me persigue!
CHARO.—¡Amos! ¡Le digo a usted que cuando se pierde la vergüenza se llega al desatino antes de la hora!
M.ª CRISTINA.—¡Me mira y me desea de un modo!...
CHARO.—¡Pues eso sí que no! El asunto de doña Rafaela pase, porque ya está... ¡Bueno, está como está! ¡Allá los interesaos! Pero granujerías de esa calaña, con una criatura como usted, ¡ni que lo sueñe semejante bandido!
M.ª CRISTINA.—¡Son unos infames!
CHARO.—¡Pues hombre! Yo no tendré talento pa buscar-

le un fin conveniente a too lo inmoral que aquí sucede; pero saber de gratitud pa corresponder a la simpatía y al cariño con que usted me acogió desde el primer día, pa eso sí, ¡qué demontre!

(*Por la primera izquierda llega PABLO, que viene también de la calle y que ahora se presenta malhumorado y cejijunto.*)

PABLO.—Hola.

M.ª CRISTINA.—Que no se entere mi hermano de lo que te he contado de Marcelo.

CHARO.—Descuide... ¿Qué hay, señorito Pablo?

PABLO.—Nada de particular.

CHARO.—¿De dónde venimos?

PABLO.—Del café.

CHARO.—¡No es mala vida!

PABLO.—Si permanece uno en casa es para reñir con alguien.

CHARO.—¡También es verdad!

PABLO.—Mientras esa maldita mujer siga en la idea de hacerse aquí la dueña...

CHARO.—¡Si yo encontrase una solución! ¡Que me nombraban de los Comités paritarios pa asuntos familiares! ¡Toma, no!

M.ª CRISTINA.—Desengáñate, Pablo. Esto no tiene más que un arreglo. Marcharnos con la abuela.

CHARO.—Y entonces cometerá su padre mayores desatinos. Dirá, y con razón, que ustedes le han abandonao.

PABLO.—¡Abandonado! ¡Sería el colmo!

CHARO.—¡Amos, no sea usted pisimista! ¡Alegre esa cara! ¡Quién me iba a decir a mí, la noche aquella de la puerta del cine, cuando se puso usted en relaciones con Pilar!...

PABLO.—¡Para lo que han durado esas relaciones! Anoche tarifamos.

CHARO.—¡Huy, cuanto lo siento!

M.ª CRISTINA.—¿Por qué ha sido?

PABLO.—¡Por una pamplina suya! ¡Es una neurótica! Que tomamos un taxi y al ir a pagar, me encontré sin dinero. Como sabía que ella lo llevaba, me atreví a pedirle prestados cuatro o cinco duros. Oír lo de los cinco duros y empezar a gritar: "¡Ay, esto es un timo! ¡Tú me quieres dar un timo! ¡Como José María! ¡Lo mismo que José María!"...

CHARO.—(*Muerta de risa.*) Anda mi madre!

PABLO.—¡No te rías!

CHARO.—¡Si es que ha tenido la mar de salero! ¿Ella se creyó qué usted?... ¡Ay, que me troncho!

PABLO.—¡Bueno!... Escúchame tú, María Cristina. Esta mañana he ido al "Cine Toledo" para ver si podía hablar con ella y convencerla de mi honorabilidad, pero había en la

taquilla una cola tan enorme, que me he tenido que volver desesperado.

CHARO.—Si es que la Pilar tuvo un novio que la dió un timo de veinte duros al tomar un coche y la muy idiota se ha creído que usted también... ¿Me comprende?

PABLO.—¿Hablas en serio?

CHARO.—¡Por mi salud! Me lo ha contao ella.

M.ª CRISTINA.—Figurarse que tú... ¡Deja a esa tonta!

CHARO.—¡Pobrecita! Le advierto a usted que la Pilar está por el señorito Pablo que es capaz de lanzarse al paso del "Metro" si él la deja haciendo solitarios.

PABLO.—¡Eso creía yo! Como que me he colado en serio. ¡Muy en serio! ¿Por qué no hablas con ella?

CHARO.—No se apure, que yo saldré fiadora de ambos.

PABLO.—¡Ay, Charo, como me resuelvas este conflicto!...

CHARO..—¿Que me regalará usted?

PABLO.—¡Un sombrero!

M.ª CRISTINA.—¡Qué célebre!

CHARO.—¿Un güito a mí? ¿Pa qué? ¿Pa ir detrás de ustedes de carabina?

PABLO.—¡Para que seas nuestra madrina!

CHARO.—¡Pocha voy a estar! ¡Yo de madrina con sombrero y guantes! ¡Me veo seguida por toos los chicos de mi barrio!

M.ª CRISTINA.—¡Sería una juerga! ¡Ja, ja, ja!

CHARO.—¡Pa mondarse, señorita!

PABLO.—¡Y te retrataré!

CHARO.—¡Me veo en la portada del "Nuevo Mundo"! ¡Ay, qué señorito éste! (*Aparece DON VALENTIN RIOJA en la izquierda. Complacido, al ver el animado grupo que forman la Charo y sus hijos, queda unos segundos detenido en la puerta.*) ¡Su padre!

DON VALENTÍN.—Seguid, seguid, que no sabéis cuanto me placen esas risas.

CHARO.—¡Si no era na!

DON VALENTÍN.—Alguna ocurrencia tuya.

CHARO.—Que estaba contando cuatro pamplinas y como sus hijos me han tomao ley, pues una... ¡Una está aquí en la gloria, señor Rioja!

DON VALENTÍN.—Me alegro que sea así, que al fin yo te traje.

CHARO.—¡Es mucho más, pero me faltan palabras pa explicárselo bien!

(*Pausa breve.*)

DON VALENTÍN.—¿Habéis salido?

M.ª CRISTINA.—Sí.

DON VALENTÍN.—¿A dónde?

M.ª CRISTINA.—Por ahí.
DON VALENTÍN.—¿Fuiste con tu hermana, Pablo?
PABLO.—No.
DON VALENTÍN.—¡Qué milagro veros aquí abajo!
(*Se asoma DOMINGA a la puerta de la segunda izquierda.*)
DOMINGA.—¡Charo!
CHARO.—¿Qué ocurre?
DOMINGA.—¡Dice doña Rafaela que vengas un momento al almacén! (*Se retira.*)
CHARO.—¡A escape, no sea que me la gane otra vez!
(*Vase la Charo por la segunda izquierda. María Cristina y Pablo se encaminan a la escalera.*)
DON VALENTÍN.—¿A dónde vais?
M.ª CRISTINA.—Arriba. Yo a mi cuarto.
PABLO.—Aquí no tenemos nada que hacer.
DON VALENTÍN.—¡Siempre lo mismo!
PABLO.—¡Eso digo yo, padre! ¡Siempre lo mismo desde hace unos meses!
M.ª CRISTINA.—Cállate, por favor, y no empecemos como todos los días. ¿Qué conseguimos con lamentarnos delante de papá?... Cuando esté la comida te avisaremos.
(*Vanse María Cristina y Pablo por la escalera.*)
DON VALENTÍN.—¡Vaya por Dios!... ¡Bien me he complicado la vida!
(*Sale la CHARO.*)
CHARO.—¡Qué pesada! ¡Empeñá doña Rafaela en que he cogido el bramante del tres y yo no lo he cogido!... ¿Y los señoritos?
DON VALENTÍN.—Se fueron para arriba en cuanto tú te marchaste.
CHARO.—¡Qué buenas personas son sus hijos! ¡He congeniao muy bien con ellos!
DON VALENTÍN.—Porque tienes mucho talento natural.
CHARO.—Yo no sé si será talento; pero a mí me bullen por aquí (*señalándose la frente*) unas cosas que me hacen verlo too muy claro. ¿Está claro?
DON VALENTÍN.—¡Pensar que si yo no te hubiese encontrado!... ¿Recuerdas lo de las seis pesetas?
CHARO.—¡Me he quedao en catorce reales!
DON VALENTÍN.—Todo llegará.
CHARO.—Y aunque no llegue. ¡Pa lo que hago!
DON VALENTÍN.—Eres una obrera muy despierta. Cualquiera diría que llevabas largo tiempo en el oficio, según lo dominas ya.
CHARO.—¿Que lo domino? ¡Usted no ha visto el ojo que he pintao hoy!
DON VALENTÍN.—¿Te ha salido mal?

CHARO.—¡Un huevo frito! No se lo enseño porque va usted a rebajarme dos reales del jornal.

DON VALENTÍN.—¡Eres famosa!

CHARO.—¡Me ha proporcionado usted en poco tiempo tantas alegrías! ¡Como que no me se quita su imagen del pensamiento! Cierro los ojos y en seguida me se representa usted sin sentirlo.

DON VALENTÍN.—¿Y eso por qué es?

CHARO.—Dicen que son visiones.

DON VALENTÍN.—¿Soy una visión?

CHARO.—¡Usted es un santo pa mí! Muchas noches en lugar de rezarle a San Antonio, pa que me busque un buen novio, le he dedicao a usted ca padrenuestro... ¡Lo que ha hecho usted por la Charo!...

DON VALENTÍN.—Será porque lo mereces.

CHARO.—¡Que voy a empezar a presumir!

DON VALENTÍN.—Cuanta gente humilde, como tú, nacida en el arroyo, ha ido luego subiendo, subiendo...

CHARO.—¡Es que yo estoy subiendo en ascensor, Don Valentín!

DON VALENTÍN.—Podría citarte tantos casos...

CHARO.—¡Sí, en las novelas!

DON VALENTÍN.—Y en la vida. Tarde o temprano, jamás deja de llegar nuestra hora feliz.

CHARO.—¡Pues, ojalá me se pare el reloj en esta hora, que pa mí es felicísima!

DON VALENTÍN.—¿Quién te la ha proporcionado?

CHARO.—¡Usted!

DON VALENTÍN.—No, Charo. La sana alegría de tu espíritu y la sinceridad de tus amarguras, todo eso que descubrí la noche que hablé contigo.

CHARO.—¡También la gente del pueblo tiene su corazoncito!

DON VALENTÍN.—A veces de oro, como el tuyo.

CHARO.—¡Qué cosas tan finas dice! ¡Aluego no quiere usted que yo le rece!

DON VALENTÍN.—Pero no me confundas con San Antonio.

CHARO.—¡Pues también ha tenido usted tentaciones! ¡Y qué tentaciones, señor Rioja!

DON VALENTÍN.—¡Las cosas del mundo!

(Pausa.)

CHARO.—¿Por qué no escribe usted una novela?

DON VALENTÍN.—¿Con tu vida y la mía?

CHARO.—¡Huy, mi vida! ¡Cualquiera sabe el final de ella!

(Por la puerta izquierda sale DOMIINGA, dispuesta para marchar a la calle.)

DOMINGA.—¿Te se ofrece alguna cosa de la calle, Charo?

CHARO.—¿Ande vas?

DOMINGA.—A un recao de doña Rafaela y luego a comer.

CHARO.—¿Te pilla de paso el "Cine Toledo"

DOMINGA.—No.

CHARO.—¡Pues aunque no te pille! Con su permiso, don Valentín... Mira, te llegas al cine; le dices a la señorita Pilar, a la taquillera, de parte de su amiga la Charo, que cuando cierre la taquilla a la una, que se venga pa los "Muñecos Dorée" corriendo, que la necesito pa un asunto de muchísima urgencia; que no sea tonta y que venga a escape.

DOMINGA.—¡Bueno! ¿Manda usted algo, don Valentín?

DON VALENTÍN.—Nada.

DOMINGA.—¡Pues, hasta luego!

(*Vase Dominga por la izquierda.*)

CHARO.—¡Da bien el recao!... Es un asunto del señorito Pablo. Ha regañao con la novia. ¡Cosas de la juventud!... ¿Usted no se incomodará por eso?

DON VALENTÍN.—No pienso incomodarme nunca contigo.

CHARO.—Muchas gracias.

(*Momentos antes ha salido RAFAELA por la segunda izquierda.*)

RAFAELA.—¿Ha dado ya la una y media?

CHARO.—¿Por qué lo dice usted?

RAFAELA.—Porque te veo mano sobre mano. El bramante no ha aparecido, de manera que averigua en dónde está.

CHARO.—¿Cree usted que me lo he guardao?

RAFAELA.—¡Creo que eres una calamidad!

CHARO.—¡También yo creo otras cosas! ¡Allá ca una con sus creencias!

RAFAELA.—¡No me repliques!

DON VALENTÍN.—Bueno ¿qué pasa? ¿Hace falta bramante? Yo sacaré todo el que sea necesario.

RAFAELA.—¡No, que lo busque ella!

CHARO.—Miraré por toos los rincones del almacén.

RAFAELA.—¡Y hasta que no lo encuentres, no te pongas delante de mi vista!

CHARO.—¡Pues, hasta la vista! (*Encaminándose a la puerta de la segunda izquierda.*) (¡Ay, el truco del bramante! ¡Echale hilo a la cometa!)

RAFAELA.—¡Vamos, pronto!

CHARO.—¡Ya me voy! (Lo que tú quieres es quedarte sola con el amo. ¡Valiente pájara!)

(*Vase la Charo.*)

RAFAELA.—¡Estoy harta de tantos paliques como te gastas con esa niña!

DON VALENTÍN.—¿Tienes celos?

RAFAELA.—¡Por Dios, Valentín! Me estimo muchísimo más que todo eso.

DON VALENTÍN.—Pues, si no tienes celos, ten al menos lástima.

RAFAELA.—¿De esa cobista que no sabe más que adular a tus hijos? ¡Hay que ver la maña que se ha dado para estar a partir un piñón con ellos!

DON VALENTÍN.—La muchacha se hace querer. Es agradecida, franca, noble...

RAFAELA.—¡Y antipática!

DON VALENTÍN—A mí, no.

RAFAELA.—¡Ya lo sé! ¿Crees que no presumo el juego que se traen tus niños y esa mosquita muerta? ¡Es preciso, para tranquilidad mía, que la Charo se marche cuanto antes de aquí!

DON VALENTÍN.—¿Qué dices? ¿Por qué motivos? ¡Si no me das otras razones que tus suspicacias, yo no soy capaz de cometer una crueldad semejante!

RAFAELA.—¡Cualquiera os entiende a los hombres! Lo hemos arrostrado todo, te pusiste por mi cariño en frente de tus hijos, y ahora, por una compasión ridícula, tendré que soportar a una mujer a quien odio. ¡La odio, sí, porque sospecho que va a causarme muchos males!

DON VALENTÍN.—Para situarme en frente de mis hijos, como tú has dicho, había una razón: nuestro cariño. Para echar a la calle a una criatura desgraciada, no hay otro motivo que tu odio.

RAFAELA.—¡Eres ya otro!

DON VALENTÍN.—¿Y si fueses tú quien ha cambiado? ¿No será que tu cariño se ha convertido en afán egoísta de dominar todos mis actos?

RAFAELA.—¡Qué cruelmente me tratas!... ¿Qué bebedizo te ha dado esa nena?

DON VALENTÍN.—¿Imaginas que estoy enamorándome?

RAFAELA.—¡No te juzgo tan imbécil!

DON VALENTÍN.—No me inspira otro sentimiento que la compasión.

RAFAELA—¡Te desconocía practicando las obras de misericordia!

(*Aparece MARCELO en la primera puerta de la izquierda.*)

MARCELO.—¿Hay permiso?

DON VALENTÍN.—Tu hermanito.

RAFAELA.—Pasa, Marcelo... ¿Qué te trae por aquí?

MARCELO.—Unas ganas atroces de saludar a éste. ¿Cómo sigues, galán?

DON VALENTÍN.—Ya me ves.

MARCELO.—¡Cada día más joven y más simpaticón! ¡Eres *hachudo!*

DON VALENTÍN.—¿Hachudo? ¡Pues no lo sabía!

MARCELO.—(*Con un ademán cariñoso.*) ¡Quita de ahí, tolili!

DON VALENTÍN.—¿A qué viene eso de tolili?

MARCELO.—Una frase cariñosa, demostración del aprecio que te guardo.

DON VALENTÍN.—Bueno, voy al despacho...

MARCELO.—¿Es que he venido a estorbar?

DON VALENTÍN.—Tengo que hacer en la tienda. (*Vase por el foro.*)

MARCELO.—Ha querido parecerme que tiene el rostro así como de vinagre.

RAFAELA.—¡Y yo estoy negra! Mis temores se han confirmado Marcelo. A ese hombre se le cae la baba en cuanto habla la Charo: todos son a reírle las gracias...

MARCELO.—¿Y por eso te apuras? Calma, calma...

RAFAELA.—¡Valentín está muy desdeñoso conmigo!

MARCELO.—¡Pues cambia de procedimiento, so prima! Visto como ha caído acá esa párvula, te conviene tenerla aliada.

RAFAELA.—Lo veo difícil.

MARCELO.—¡Todo cabe en lo posible! Ella a tu lao. Y mientras más confidente, mejor. Déjamela a mí.

RAFAELA.—¿Qué vas a hacer?

MARCELO.—¡Aterrizar en Babia con esa tonta! ¡No te apures, que aquí está tu hermano pa velar por tu tranquilidad!

(*Sale la CHARO por la segunda izquierda trayendo un ovillo grande de bramante.*)

CHARO.—¡Ya encontré el bramante, doña Rafaela!... ¡Ah! ¿Ha llegao usted?

MARCELO.—¡Hola, salada!

RAFAELA.—¿Ves como tenía yo razón? Si te mando y te regaño es para que te fijes y llegues a ser la mejor de todas las obreras.

MARCELO.—Mi hermana te estima una barbaridad.

CHARO.—¡Qué barbaridad!

RAFAELA.—Más adelante te colocaré en el mostrador, que allí se trabaja menos.

CHARO.—¿En el mostrador? ¿Pa qué?

RAFAELA.—Para despachar.

CHARO—¿A quién?

MARCELO.—Al público, prenda.

CHARO.—¡Huy, prenda! ¿En buen uso?

RAFAELA.—Si te aplicas y me respetas, haciendo siempre lo que yo te ordene ya sabes el premio que te aguarda.

CHARO.—Muchas gracias.

RAFAELA.—Y te dejo, Marcelo, que nos hemos entretenido demasiado. A aplicarte y a obedecerme, Charo.

CHARO.—Sí, señora. (*Vase Rafaela por la segunda izquierda.*) ¡Cómo ha cambiado su hermana!... ¿Habrá sido que don Valentín le ha llamao al orden pa que me deje tranquila?

MARCELO.—Don Valentín no se ocupa de tu persona.

CHARO.—¿Cómo lo sabe usted?

MARCELO.—Porque me lo ha dicho él en varias ocasiones. Anoche mismo, sin ir más lejos.

CHARO.—¿Anoche mismo?

MARCELO.—Te tiene aquí porque le da lástima.

CHARO.—Y porque trabajo.

MARCELO.—¡Bastante que se fija en lo que tú trabajas! Verás como cuando cierre el taller durante el mes de agosto te liquida pa siempre.

CHARO.—¡Y estamos a fines de junio! (*Apesadumbrada.*) ¡Vaya por Dios!...Oiga usted... ¿Si me dan la absoluta, no podrá cumplir doña Rafaela lo que me ha ofrecido del mostrador?

MARCELO.—En cambio yo puedo ofrecerte otras cosas.

CHARO.—¿Cuales?

MARCELO.—Un porvenir.

CHARO.—¿Al lao de quien?

MARCELO.—Quizá a la vera de uno que yo conozco.

CHARO.—¿Ah, sí? ¿Y en dónde está ese uno?

MARCELO.—¡Que te quemas; que te quemas!

CHARO.—¿Con qué, si está too apagao?

MARCELO.—¿No ves unas brasas?

CHARO.—No, señor. ¿En dónde es el fuego?

MARCELO.—¡En mis entrañas!

CHARO.—¡Marcelo, no me tome usted el pelo! Un hombre como usted, tan pagao de su persona, piropeándome a mí, que resulto insignificante.

MARCELO.—Hay casos en que la violeta, con su delicado perfume...

CHARO.—¿Soy yo la violeta?

MARCELO.—¡Qué duda coge!

CHARO.—¡Menudo tulipán está usted hecho!

MARCELO.—Hablo en serio, Charito.

CHARO.—¡Y yo también! ¿Sabe usted una cosa? ¡Pues que me fué usted antipático desde la noche que le tropecé a la puerta del "Bar Amable"!

MARCELO.—¿Antipático yo?

CHARO.—Me parece recordar que se lo dije. ¿Usted no lo recuerda?

MARCELO.—Acaso porque aún no me conocías.

CHARO.—¡Ca! ¡Hay corazonadas! Y después de conocerle, entavía me es usted más antipático!

MARCELO.—¡Charo!

CHARO.—¡La violeta, que se ha vuelto un cardo! ¡Pa jugar tiene usted aquí bastantes muñecos!

MARCELO.—Pero atiende, chiquita...

CHARO.—¡Ni chiquita ni na! ¡Si le he visto el plumero! ¡Por eso me dijo que don Valentín no se ocupa de mi persona! Y si me ha soltao esa puñalá pa que yo sufra. que le conste que no sufro. ¡Qué me carcajeo! ¡Ja, jay, qué risa!

(*Baja MARIA CRISTINA las escaleras.*)

M.ª CRISTINA.—Oye, Charo, ¿puedes subir un momento, que te necesito?

CHARO.—Sí, señorita... ¡Ande, repítame delante de ella lo que acaba de decirme!

MARCELO.—(¡Maldita sea!)

M.ª CRISTINA.—¿Qué te sucede?

CHARO.—¡Que me se ha declarao el pollo mantecao!

M.ª CRISTINA.—¿Usted?

CHARO.—¡Por lo visto le gustan toas!

MARCELO.—Fué una cháchara sin importancia.

CHARO.—¿Cháchara? ¡Mira qué salao!

MARCELO.—¿Fijarme yo en tí? ¡Taday, pobreza!

CHARO.—¡Es natural! ¡Como que va mucha diferencia de la señorita a la Charo!

MARCELO.—¿Qué quieres decir?

CHARO.—¡Ya usted me entiende! ¡Pero ojo con la señorita y conmigo!

MARCELO.—¡Huy, qué susto! No me alarmes, que soy cardíaco! ¡Araca, corazón!

(*Vase por la segunda izquierda.*)

CHARO.—¡Por supuesto, como yo saque el repertorio que tenía pa las broncas en la calle, ya verá insultos ese sinvergüenza!

M.ª CRISTINA.—Celebra lo sucedido. Ellos mismos están metiéndose en la ratonera.

CHARO.—¿Y voy a servir yo de queso?

M.ª CRISTINA.—Vas a ser nuestra salvación.

CHARO.—¡No me lo diga usted, que me desmayo de gusto!

M.ª CRISTINA.—Por ahora, a disimular delante de mi padre. (*Cogiéndola de un brazo.*) Anda, ven para arriba. Que nos vean muy amigas.

CHARO.—¡Amos, que yo del brazo de usted y en su propia casa! ¡Menudo orgullo pa una servidora!

(*Vanse María Cristina y la Charo por la escalera.—Queda la escena sola unos instantes.—Luego salen por el foro CE-*

CILIA y PRESENTA. Segundos después HIGINIA, por la segunda izquierda.)

CECILIA.—¡La una y media!

PRESENTA.—¡Bendita hora!

HIGINIA.—¡Hasta después.

(*Vase por la primera izquierda.*)

PRESENTA.—Date prisa, Cecilia, que se nos enfría el cocido.

(*Cecilia, mirando a la izquierda, apoya un pie en el asiento de una silla para estirarse bien la media. En ese crítico momento se asoma GAMUZA por la primera puerta de la izquierda.*)

GAMUZA.—¿Se puede? (*Por las piernas de Cecilia.*) ¡Mi abuela! ¡Ya lo creo que se puede! (*Entrando. Viene muy compuesto, con el traje de los domingos.*) Buenos días.

CECILIA.—(*Que no le ha visto entrar.*) ¡Ay!

PRESENTA.—(*Que estaba de espaldas a la puerta.*) ¿Qué te pasa?

GAMUZA.—¿Se ha asustado usted?...

PRESENTA.—(Qué hombre tan guapo!)

GAMUZA.—¿De mí?

CECILIA.—No, señor. Usted no es para asustar a nadie.

PRESENTA.—¡Ni muchísimo menos!

GAMUZA.—¡Es favor!

CECILIA.—Es justicia... y es buen gusto.

GAMUZA.—¿Saben ustedes si está aquí trabajando una chica que la dicen la Charo?

CECILIA.—Aquí está.

GAMUZA.—¿Se habrá ido ya a comer?

CECILIA.—Come en el taller todos los días.

GAMUZA.—¿Podría hablar con ella?

CECILIA.—Con ella... y conmigo. si no le molesta.

GAMUZA.—¿Quieren hacer el favor de decirla que está su amigo Toribio?

PRESENTA.—¿Toribio?

CECILIA.—¡Qué paradoja!

GAMUZA.—¿Por qué?

CECILIA.—Porque no le pega a usted un nombre tan feo. ¡Si se llamase Rodolfo!

GAMUZA.—Pues no me llamaría Toribio.

PRESENTA.—¡Qué orgullosa estará su novia de usted!

GAMUZA.—No tengo.

CECILIA.—!Es posible?... ¿Le agradan las rubias?

GAMUZA.—¡Y las morenas!

(*Llega la CHARO por la escalera.*)

CHARO.—¡Eh!... ¡Gamuza!

GAMUZA.—¡Charo!

CHARO.—¡Dame un abrazo, chico!
(*Se abrazan.*)

CECILIA.—¡Tú, rica, que estamos nosotras delante!

CHARO.—¡No pensarse cosas inconfesables! Tenemos una buena amistad. ¿Es muy guapito mi amigo, eh?

PRESENTA.—¡Ya lo creo!... Anda, Cecilia.

CECILIA.—¡Adiós!

GAMUZA.—Ustedes lo pasen bien.

PRESENTA.—Tanto gusto.

CECILIA.—¡Adiós, joven!

CHARO.—¡Amos, hijas, que estáis coqueteando demasiao!

CECILIA.—¿Te molesta?... ¡Adiós!

CHARO.—¡Qué despedida! ¡Pero si no se va al Tercio! (*Vanse Cecilia y Presenta a la calle.*) ¡Qué frívolas son!... Bueno, siéntate. ¡Las ganitas que tenía de saludarte! ¿Cómo me encuentras?

GAMUZA.—Muy cambiada.

CHARO.—¡La satisfacción, que me se sale hasta por el flequillo! ¿Y tú, qué?

GAMUZA.—¡Pues yo, premiao, Charo!

CHARO.—¡Atiza!

GAMUZA.—¡Me han nombrao, por unanimidad, el "Señorito Madrid" aunque soy de Cuenca!

CHARO.—¿Es de veras?

GAMUZA.—¡Compra el "Buen Humor" de hoy!

CHARO.—¿Trae tu retrato?

GAMUZA.—¡En la portada!

CHARO.—¡Arrea!

GAMUZA.—He querido venir yo mismo a darte la noticia.

CHARO.—¿Estarás loco?

GAMUZA.—Chica, te diré. Loco de alegría por el premio; pero triste porque presumo que voy a tener que dejar el oficio.

CHARO.—¡Ah, desde luego!

GAMUZA.—¿Y de qué voy a vivir?

CHARO.—¡De tu cara bonita!

GAMUZA.—¡No sirvo pa eso! Yo he pensao si dedicarme a imitador de estrellas...

CHARO.—¡Quita, por Dios!...

GAMUZA.—Entonces, ¿si tú supieras de algún empleo pa un primer premio de belleza?

CHARO.—¿Un empleo?

GAMUZA.—Cualquier cosa pa no trabajar.

CHARO.—Así, de pronto...

GAMUZA.—Algún sitio en donde entren muchas señoras... Un estanco, una peluquería...

CHARO.—¡Ah, qué idea! ¡Sí!... ¡Ya está! ¡Te quedas aquí en los "Muñecos Dorée"!

GAMUZA.—¿Yo de muñeco? ¿Qué pretendes hacer conmigo?

CHARO.—¡Mi suerte! (*Sale DON VALENTÍN por el foro.*) ¡El amo!... Usted perdone que le molestemos, don Valentín.

DON VALENTÍN.—¿Qué hay?

CHARO.—Tengo el gusto de presentarle a mi amigo Toribio Canillejas.

GAMUZA.—Servidor.

DON VALENTÍN.—¡Ah, sí; le recuerdo! Es el mozo que limpia las botas en el "Bar Amable", ¿no?

GAMUZA.—¡Las limpiaba!

CHARO.—¡Se ha hecho célebre en un día! ¡Le han elegido, por guapo, na menos que el "Señorito Madrid"!

DON VALENTÍN.—¡Que sea enhorabuena!

CHARO.—Y como se va a quedar de más, a mí me se ha ocurrido que le coloque usted de dependiente en el mostrador.

DON VALENTÍN.—¿Para qué?

CHARO.—Atiéndame. Usted le toma de empleao, pone en la puerta un anuncio muy llamativo que diga, poco más o menos: "¡Señoras, si entráis a comprar en este establecimiento, seréis servidas galantemente por el propio "Señorito Madrid" en persona!..."

DON VALENTÍN.—¡No está mal discurrido!

CHARO.—Ya verá usted la cola que se forma toas las mañanas a la puerta de la tienda.

GAMUZA.—¿Pa verme a mí? ¡Qué vergüenza!

CHARO.—Aluego, cuando se haya armao un alboroto en el barrio, fingimos que le han raptao dos cocotes, le encerramos...

GAMUZA.—¿Encerrarme? ¿Pa qué?

CHARO.—Y a los dos días, le exponemos otra vez en el despacho ¿Qué le parece el truco?

DON VALENTÍN.—¡Colosal! ¿Y usted aceptaría?

GAMUZA.—Yo, con tal de no trabajar...

CHARO.—Este hace too lo que la Charo le mande.

DON VALENTÍN.—Pues, si no tiene inconveniente...

CHARO.—Pero hay que firmarle un contrato lo primero, que no me fío de su formalidad.

GAMUZA.—¿Dudas de lo constante que soy?

CHARO.—¡Por si acaso! La belleza es muy mala consejera.

DON VALENTÍN.—Que vuelva esta tarde, a primera hora, y fijaremos las condiciones del contrato.

CHARO.—¡Pues hala, a comer y a regresar a escape!

GAMUZA.—¡Bueno! Servidor de usted, caballero.

DON VALENTÍN.—Adiós, hombre.

GAUMUZA.—Ya sabe el señor que puede mandarme siempre. Pasarlo bien.

CHARO.—¡Que no le cuentes a ningún conocido lo que te hemos propuesto, no sea que te quiten las ganas!

GAMUZA.—¿Las ganas? ¡Nadie me quitará las que siento de estar al lao de tu persona!

(Vase Gamuza a la calle.)

DON VALENTÍN.—¿Esas tenemos?

CHARO.—¡Tonteos! ¡El buen humor! Como le han premiao allí, ya se cree en la obligación de ser festivo... ¡Ay, señor Rioja, si resulta bien la combina del anuncio, el dinero que va usted a ganar!

DON VALENTÍN.—¡Cuánto vales, chiquilla!

CHARO.—¡Pues, me se está viniendo a la frente otro proyecto!

DON VALENTÍN.—¿Que rifemos a tu amigo?

CHARO.—¡Amos, ande! Fabricar unos muñecos con toa la misma cara de Toribio, que seguramente se venderán como el pan bendito. ¡También yo tengo que pagarle de alguna manera!... Y con su permiso, voy a comer, que estoy desfallecida. *(Va al armario de la derecha, saca una tarterita, pan y una servilleta vieja. Lo coloca todo encima de un cajón, y, sentándose en una silla baja, se dispone a comer.)* Como vivo tan lejos, me sale más barato hacerlo aquí, aunque se hiele la comida, porque solamente en el tranvía me se irían ochenta céntimos... ¿Usted gusta?

DON VALENTÍN.—Que te aproveche.

CHARO.—Le ofrezco pan, porque del guiso no me atrevo. ¡Sabe Dios lo que me habrá preparao mi tía! ¡No es *Turnié* guisando, precisamente! ¡Ja, ja!...

DON VALENTÍN.—¿Y te alegras?

CHARO.—Si como mal y encima me apuro ¡vaya sobremesa!

DON VALENTÍN.—¡Cómo me encanta oírte! Me emboba tu lenguaje pintoresco, que a veces no sé si es inocencia o si es picardía.

CHARO.—¡No me mire usted, que me azoro!

DON VALENTÍN.—¿Estorbo?

CHARO.—No, señor. Pero es que estando usted delante, me da vergüenza meter los dedos en la tartera. Yo querría ser a sus ojos la señorita más fina y más elegante...

DON VALENTÍN.—Y a mí me gusta que seas como eres. Tu alma popular, sana y alegre, con esa inconfundible alegría callejera de Madrid, se adueña del corazón de quien te escucha.

CHARO.—¡Qué amable es usted!... ¡Ay, que me atraganto!

DON VALENTÍN.—Come tranquila.

CHARO.—¿Tranquila diciéndome esas cosas?

DON VALENTÍN.—Pues... ¡adiós, Charito!

CHARO.—¡Huy, Charito!... Escuche un momento, don Valentín, y dispense la pregunta. ¿Cuando cierre usted la fábrica en agosto, me despedirá pa siempre?

DON VALENTÍN.—¿Despedirte? ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

CHARO.—¡Nadie! Pudo usted haberlo pensao, pa hacer economías...

DON VALENTÍN.—¡Ni pensarlo!

CHARO.—¿Palabra?

DON VALENTÍN.—¿Firmamos esta tarde otro contrato?

CHARO.—No, señor. Ya sé lo que necesitaba saber. Muchas gracias.

DON VALENTÍN.—Mientras yo no te despida, tú no te irás, se empeñe quien se empeñe.

(*Vase don Valentín por la segunda izquierda.*)

CHARO.—¡Se empeñe quien se empeñe!... ¡Pero si consiguen que él me despida!... ¡No merece ese hombre too lo que le ha caído encima! ¡Qué buenísimo! (*Encarándose con la tartera.*) ¡No lo digo por tí, que sabes a demonios! Lo de buenísimo es por él.

(*Aparece PILAR en la puerta primera izquierda.*)

PILAR.—¿Dan ustedes su permiso?

CHARO.—(*Levantándose y yendo a su encuentro.*) ¡Señorita Pilar!

PILAR.—(*Entrando con cierto temor.*) Aquí me tienes, Charo.

CHARO.—¡Valiente viva, hija!

PILAR.—¿Qué te ocurre para llamarme con tanta urgencia?

CHARO.—¡Vaya pupila! ¡Habrá idiota!...

PILAR.—¡Oye, rica, para el carro; que yo no he venido para que me insultes.

CHARO.—¡Qué manera de precipitarse! ¡Atontá!

PILAR.—¡Criatura, qué torbellino!

CHARO.—¡Entavía no he tirao de repertorio! ¿De qué la sirve a usted el sentido común?

PILAR.—¿Qué dices?

CHARO.—¡Que antes de cometer un disparate, procura una enterarse con quién se juega los cuartos, es decir, el cariño! ¿Usted sabe qué clase de individuo es el señorito Pablo Rioja?

PILAR.—¡Ah, vamos!

CHARO.—¡Pues un señorito muy decente, incapaz de timarle a nadie cinco duros!

PILAR.—Entonces, ¿para qué me los pidió anoche?

CHARO.—Yendo con usted, era lo natural que pagase el hombre.

PILAR.—¡Con mi dinero! ¡Lo mismo que el otro!

CHARO.—¡Pablo tiene más dinero que usted! ¿Ve usted too esto? ¡Pues es de su padre!

PILAR.—¡Estoy tan escarmentada! También José María me dijo que tenía acciones en "Madrid-París"...

CHARO.—¡Y en la Cárcel Modelo, seguramente! Si usted me hubiese pedido informes del señorito Pablo... ¡Lo que está sufriendo el pobrecito!

PILAR.—¿Te lo ha contao él mismo?

CHARO.—¡Llorando de pena, con ca lágrima que le caía, más grande que su cabeza de usted!

PILAR.—Ponte en mi caso, Charo. ¡Que a ti te hubiesen timao!

CHARO.—¡A mí no me tima nadie! ¿Pa qué está la vista, cegata?

PILAR.—Creí que repetía la hazaña de... ¡José María!

(Ha salido MARCELO por la segunda izquierda.)

MARCELO.—(¡La Pili.)

CHARO.—!Qué dice usted?

PILAR.—¡Mírale! ¡Es ese!

MARCELO.—(¡Mi suerte ladrona! ¡Lo mejor es la enajenación y mutis!)

CHARO.—¿Ande va usted?

MARCELO.—¿Te importa mucho?

CHARO.—¡Como no ha saludáo!

MARCELO.—A ti ya te he visto... y a la joven no la conozco.

(Y se marcha por la primera izquierda con gran tranquilidad.)

PILAR.—¡Qué cínico!

CHARO.—Pero, ¿está usted segura?

PILAR.—¡Segurísima! ¡Le conoceré yo!

CHARO.—¡Y yo! Se llama Marcelo Vicuña. ¡Amos, que hasta cambiarse la cédula pa engañar mejor a las mujeres!

PILAR.—¿Qué hace ese hombre en esta casa?

CHARO.—¡Molestar al prójimo! Es hermano de una señora que no es señora, pero que aspira a ser señora... señora del dueño. ¿Usted me entiende?

PILAR.—¡Ah! El Marcelo, hermanito de una tal Rafaela, que me ha mentao Pablo muchas veces, es...

CHARO.—¡Andova el de los calderos! ¡Ay, qué lío tan grande!

PILAR.—¿Por qué?

CHARO.—Porque cuando el señorito se entere de que usted ha tenido relaciones con Marcelo, mejor dicho, pa usted con José María, y que José María y Marcelo es algo así como un transformista...

PILAR.—¿Eso qué importa? No soy yo la primer mujer que ha tenido más de un novio. ¿Crees que llegaría Pablo a dudar de mí?

CHARO.—¡Yo creo en Dios, que se está portando muy bien conmigo!...

PILAR.—Le he tomao cariño, no puedo negártelo; pero si me ofendiese suponiendo...

CHARO.—¡Calle usted y no desvaríe! ¡Pero si yo me alegro la mar de lo sucedido! No me meto en na y parece como que el Señor me pone las cosas al alcance de mi mano pa que yo haga mucho bien por esta casa. ¡Ahora cuasi voy teniendo miedo de tanta suerte, señorita Pilar!

PILAR.—¡Déjate de tonterías y sigue con tu historia!

CHARO.—¿Qué historia?

PILAR.—La que me estabas narrando: ¿Qué te contó Pablo?

CHARO.—¿Por dónde iba?

PILAR.—Cuando lloraba. Cuenta, cuenta...

(Llega PABLO por la escalera.)

CHARO.—*(Al ver a Pablo.)* ¡Que se lo cuente él!

PABLO.—¡Pilar!... (¡No, que sufra!)

PILAR.—(¡Debo estar como la grana!)

CHARO.—¡Hola! ¿Qué hay?... ¡Ya estamos aquí los tres! *(Se colocarán los personajes para que la Charo quede en el centro del grupo.)*

PABLO.—¡Qué calor!... ¡Vaya día!

CHARO.—¡Ya, ya!

PABLO.—¿Y mi padre?

CHARO.—Por ahí dentro.

PABLO.—(¡Mucho carácter y sin rendirme! ¡Ahora verá que conmigo no se juega!)

CHARO.—*(Al oído de Pilar.)* Dígale usted algo, mujer.

PILAR.—¡Me da vergüenza!

CHARO.—*(A Pablo, también reservadamente.)* Dice que la da vergüenza comenzar. Empiece usted, que es el hombre.

PABLO.—Las señoras primero.

CHARO.—*(Con el mismo juego escénico.)* Dice él que las señoras primero.

PILAR.—Le agradezco la galantería.

CHARO.—Que le agradece la galantería.

PABLO.—Como ella me despidió que me llame.

CHARO.—Que usted le llame.

PILAR.—¿El qué?

CHARO.—Que qué.

PABLO.—¡Que no me tome el pelo!

CHARO.—¡No me lo tomen a mí, releñe!

PILAR.—¡Qué pasa?

CHARO.—¡Que se acabó la conversación por teléfono! *(Sen-*

tándose.) ¡Apañárselas como puedan, que me caigo de debilidad!

PABLO.—¿Estabas comiendo?

CHARO.—¡A la americana! ¡Las vueltas que he dao entre plato y plato! (*Pausa embarazosa para los tres.*) ¡Pero qué gritería están armando ustedes!

(*Otra pausa.*)

PILAR.—(*Tímidamente.*) Pablo...

CHARO.—¡Boba! (*Imitándola.*) ¡Pablo!... ¡Más fuego, jovencita! Si está usted rabiando por decirle... (*Se levanta y se lo dice a Pablo como si fuese ella la interesada.*) ¡Ven aquí. chiquillo, que te quiero con toa mi alma!

PABLO.—(*También como si se dirigiese a Pilar.*) ¡Y yo a ti más que a mi vida, negrales!

CHARO.—¡Eso a ella, que puede que le interese! Servidora tiene que entendérselas con la comida. (*Sentándose otra vez.*)

PILAR.—¿Me perdonas el mal rato de anoche?

PABLO.—Cuando me digas que me quieres.

PILAR.—¿No te lo ha dicho ya la Charo?

PABLO.—¡Qué graciosa! Necesito oírlo de tus labios. Y catorce mil veces, por lo menos, en un minuto.

PILAR.—¿Tantas?

PABLO.—Las mismas que se lo he dicho yo esta madrugada a mi almohada, figurándome que hablaba contigo.

CHARO.—¡Vaya insomnio, hijo!

PILAR.—¡Qué exagerao! Mañana mismo me gasto cinco duros en corbatas, para que veas que no era el dinero lo que me importaba. Mi indignación fué por la sospecha de que tú no me quisieras.

(*Llega MARIA CRISTINA, también por la escalera.*)

M.ª CRISTINA.—Ya podemos comer... Buenas tardes.

PILAR.—Muy buenas...

CHARO.—¡Es la taquillera!

M.ª CRISTINA.—¡Ah! ¿Ha venido usted para ofender otra vez a mi hermano?

PABLO.—¡María Cristina!

PILAR.—¿Usted no ha dudao nunca de un hombre?

M.ª CRISTINA.—No, señora.

PILAR.—¡Dichosa usted!

M.ª CRISTINA.—¡De Pablo no debe dudar nadie!

PILAR.—¡Por eso estoy aquí, hablando con él!

CHARO.—¡Bien dicho! (*A María Cristina.*) Venga usted conmigo, que ellos tienen comida aparte. Siéntese y amos a guardar un minuto de silencio en memoria del de las orejas grandes.

M.ª CRISTINA.—¡De lo que te has ido a acordar!

CHARO.—¿Qué le parece a usted la interesada?

M.ª CRISTINA.—¡Con tal de ver a mi hermano contento! (*Ríen Pilar y Pablo, aparte.*)

CHARO.—¡Mire usted si lo está!

PILAR.—¡Pero si es tardísimo, hombre! A las tres tengo que estar en el cine; ya lo sabes. Te aguardaré a la hora de la vermú.

CHARO.—¿Se marcha? ¿Por qué tan pronto?

PILAR.—Tú, como estás haciendo por la vida... También yo he de comer.

CHARO.—¡A usted le basta hoy con un par de suspiros y tres o cuatro mirás gachonas pa alimentarse! ¿Es mentira?

PILAR.—¡Curiosa! (*A María Cristina.*) Honradísima de haberla conocido.

M.ª CRISTINA.—Tanto gusto.

PILAR.—Si una, en su modestia, puede servirla de algo...

CHARO.—¡Al hermanito! ¡Eso al hermanito!

PABLO.—Me olvidaba de un ofrecimiento. ¡Esta es tu casa!

PILAR.—¡Ojalá!

CHARO.—¡Se le escapó!

PILAR.—¡Ya no es posible enmendarlo!

PABLO.—Aquí tienes...

PILAR.—¡Aquí me dejo lo que más me gusta, que eres tú!

PABLO.—¡Y ole mi novia bonita!

(*Vanse Pilar y Pablo por la primera derecha.*)

CHARO.—¡Muchas gracias! ¡Y no se han despedido de mí! ¡Qué falta de urbanidad! Esos se caen por una boca del "Metro", según lo distraídos que van!

M.ª CRISTINA.—¿Tú conoces bien a esa chica?

CHARO.—¡Ya lo creo! Es muy decente y muy buena, lo que se dice una señorita. ¡Y de una familia hasta allí! ¡El padre es marino!

M.ª CRISTINA.—¡Ah, sí!

CHARO.—Está empleao en uno de los vapores del Retiro.

M.ª CRISTINA.—¡Con tal que haga feliz a mi hermano!... ¡Quiera Dios que Pablo se case pronto! Entonces yo, si mi padre sigue obstinado en lo que sabes...

CHARO.—Usted le dice que si al de las orejas!

M.ª CRISTINA.—¡Jesús! ¡No estoy tan desesperada!

CHARO.—¡Pa reírse unos cuantos días! ¡Ja, ja, ja!

M.ª CRISTINA.—¡Mira que tendría gracia! ¡Ja, ja, ja!

(*Sale DON VALENTIN por la segunda izquierda.*)

DON VALENTÍN.—¿Otra vez de gran juerga con la Charo, hija?

M.ª CRISTINA.—Me divierte oírla.

DON VALENTÍN.—Y a mí.

CHARO.—¡Bueno, pues seguiré encargada de los intermedios!

M.ª CRISTINA.—No te incomodes. ¡Si te aprecio de un modo enorme!

DON VALENTÍN.—Seguramente, no tanto como yo.

CHARO.—¡Que me se va a quitar el apetito con esas finuras!

M.ª CRISTINA.—¡Porque te queremos!

DON VALENTÍN.—¡Si ahora nos abandonase por Toribio, la muy ingrata!

M.ª CRISTINA.—¿Quién es Toribio?

CHARO.—¡Na! Un *flirte* sin correspondencia por mi parte.

M.ª CRISTINA.—¡Pues lo sentiría un horror!

DON VALENTÍN.—¿Tú oyes? Mi hija no quiere que te vayas.

CHARO.—¿Y el padre?

DON VALENTÍN.—Menos. ¿Podríamos comer?

M.ª CRISTINA.—Cuando tú dispongas; pero ha salido Pablo.

DON VALENTÍN.—¿A dónde?

CHARO.—¡A la felicidad!

DON VALENTÍN.—¿Esas tenemos? ¿Tardará mucho?

CHARO.—¡De allí se vuelve en seguida cuasi siempre! (*Entra PABLO.*) ¿No lo dije? ¡Ya está de vuelta!

PABLO.—¡Que Dios te lo pague! ¡Te debo un sombrero!

CHARO.—¿Pa qué, si estoy perdiendo la cabeza?... Con permiso. Ya terminé. Ahora el postre. (*Se limpia la boca con la servilleta.*) ¡Ya está!

M.ª CRISTINA.—¿No tienes postre?

CHARO.—¡En casa no lo usamos!

DON VALENTÍN.—¡Pues a ver si te gusta éste! ¡Desde mañana tendrás seis pesetas de jornal para ti sola!

CHARO.—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ja, ja, ja!

DON VALENTÍN.—¡Ya llegó lo prometido!

M.ª CRISTINA.—¡Pero, Charo!...

PABLO.—¡Pobrecilla!

CHARO.—¡Ay, que too me da vueltas! ¡Que me da vueltas usted y me da vueltas su hijo... y me dan vueltas un porción de muñecos¡

M.ª CRISTINA.—¡Vas a ponerte enferma!

CHARO.—¡Ca! ¡Si era mi sueño!

DON VALENTÍN.—¡Pues, a soñar!

CHARO.—¡Y despierta, que es como más me gusta! ¡Seis pesetas!

PABLO.—¡Es bien poco! ¿Por qué no le das siete?

DON VALENTÍN.—¡Si le ofrezco siete, se muere de la impresión!

CHARO.—¡Y con seis también, don Valentín! (*Echándose a*

llorar con gran desconsuelo.) ¡Esta es una alegría muy grande!

M.ª Cristina.—¡Muchacha!

Charo.—¡Mi estrella!... ¡Atiza, pues no miraba pa arriba creyendo que estaba entavía en mitad de la calle!

Don Valentín.—La costumbre.

Charo.—¡Pero la veo, porque con el pensamiento se llega hasta el cielo! ¡Madre mía! ¿Merezco yo esto? (*La han rodeado, cariñosamente, don Valentín y sus hijos.—Sale RAFAELA, por la segunda izquierda, dispuesta para marchar a la calle.*) ¡Aumentarme el jornal cuasi el doble!

Rafaela.—(¿Eh?... ¡Lo que sospechaba!)

Charo.—¡Se va usted a arruinar!

Rafaela.—(¡Veremos quién puede más!) Buenas tardes... ¡He dicho buenas tardes!

Don Valentín.—¡No lo habíamos oído!

Rafaela.—¡Están tan entretenidos halagando a la reina de los juegos florales!

Don Valentín.—¡Hasta luego!

Rafaela.—¡Si vuelvo!

(*Vase a la calle.*)

Charo.—¿Si vuelve? ¿Es que no piensa volver?

M.ª Cristina.—(*A la Charo.*) ¡Dame un abrazo!

Pablo.—¡Y a mí otro! ¡Toma!

Don Valentín.—¡Te has hecho el ama!

Charo.—¿El ama? ¡No me ponga usted los dientes largos, don Valentín!

TELON





La misma decoración del acto segundo. Sos las nueve de la noche. Luces encendidas. La acción, al siguiente día de lo sucedido en el acto anterior.

(*Aparecen en escena CECILIA y GAMUZA. A poco sale por la segunda izquierda PRESENTA. Gamuza está elegantísimo, con un flamante terno de última moda.*)

CECILIA.—¡Menos postín, joven! Una cosa es que sea usted guapo, porque lo que salta a la vista no puede negarse, y otra que se dé tánta importancia.

GAMUZA.—¿Importancia yo? ¡Pobre de mí!

CECILIA.—¿Pobre con esa cara?

PRESENTA.—(*Apareciendo.*) ¿Otra vez castigándole, rica? ¡Qué manera de acaparar!

CECILIA.—¡Envidiosa!

PRESENTA.—¡Tanguista!

GAMUZA.—¡Calma, jovencitas, calma!

(*Salen ahora, también por la segunda izquierda, HIGINIA y DOMINGA.*)

HIGINIA.—¡Hasta mañana! ¡Ay!

DOMINGA.—Usted lo pase bien, don Toribio...

CECILIA.—¡Agüeca, cielo, que estoy yo hablando con él!

GAMUZA.—¡Por Dios, señoritas!

HIGINIA.—¡Qué barbaridad! ¡Ni que se tratase del bello Narciso!

GAMUZA.—¿No le gusto a usted?

HIGINIA.—Sí, señor, que me gusta...

GAMUZA.—¡Ah, creía!...

HIGINIA.—Pero no se lo digo con tanto descaro como ésas.

CECILIA.—¿Porque te está recomiendo la pelusa?

HIGINIA.—¿De ti? ¡Mira, cállate, que la has pillao romántica!

CECILIA.—¡Y tú, de Anís del Mono!

HIGINIA.—¡Eso es llamarme borracha!

CECILIA.—¡Y te lo llamo!

(*Sale la CHARO por el foro.*)

CHARO.—¡Amos, hijas, hay que ver qué escándalo!

GAMUZA.—¡Conste que yo no me he metido con nadie!

CHARO.—¿Por qué no os largáis ya, que son cerca de las nueve? Toos los días tantas prisas pa salir y hoy... ¡Hala! ¡Ca una a su casa!

CECILIA.—¡A mí no tienes tú que mandarme! ¡Estás poco tonta porque te han aumentao el jornal!

CHARO.—¡A la que le pique que se haga así! (*Acción de rascar.*) ¡Es un buen remedio pa los malos humores!

DOMINGA.—¡Vámonos, Higinia!

HIGINIA.—¡La Cecilia es una egoistona! ¡Ha tenido el joven too el día en la tienda y entavía quiere hacer horas extraordinarias!

(*Vanse Higinia y Dominga por la primera izquierda.*)

CECILIA.—(*Marchándose tras las compañeras.*) ¡Oye, fresca, eso de las horas extraordinarias no me lo dices tú con segundas!

CHARO.—¡Mi madre, cómo está el patio!

PRESENTA.—¿Va usted hacia Chamberí?

GAMUZA.—Por Fuencarral.

PRESENTA.—¿Solo?

CHARO.—¡Con diez céntimos pa el tranvía! Vete ya.

PRESENTA.—¿Estorbo?

CHARO.—¡Unas miajas!

PRESENTA.—¡Dispensa, Charito, que no lo sabía! Hasta mañana... ¡Adiós, Toribio!

CHARO.—¡Saca la lengua!

(*Vase PRESENTA a la calle.*)

GAMUZA.—¡Qué molesto resulta ser tan guapo!

CHARO.—¡Las tienes a toas tambaleándose!

GAMUZA.—¡Pa lo que me se importa!

CHARO.—¿No estás contento?

GAMUZA.—No, Charo.

CHARO.—¡Ni yo tampoco! ¡Nos ha fallao el truco el primer día! Siete personas han entrado por junto en la tienda, y de esas siete, tres venían equivocás. ¡Me he colao! ¡Jajay!...

GAMUZA.—¡No te rías!

CHARO.—¡Ahora no dirá don Valentín que tengo talento! Yo pensaba que cuasi se iban a pegar por verte; pero, por lo que barrunto, no se van a pegar más que las oficiales. ¡Qué mal hemos quedao, chico!

GAMUZA.—¡Lo que tú has hecho conmigo no se hace con una persona que te quiere como yo te quiero!

CHARO.—¿Tengo la culpa de la plancha que nos hemos tirao?

GAMUZA.—¿Crees que no he sufrido viéndote a ca momento de charla con el señor Rioja?

CHARO.—¿Qué te piensas?

GAMUZA.—¡Una cosa muy fea!

CHARO.—¡Cuidao con lo que hablas, eh! ¡Soy una mujer decente! ¿Te enteras?

GAMUZA.—Cuando el amo te dirige la palabra pones una cara la mar de tunanta!...

CHARO.—¡La que tengo! No será tan bonita como la tuya, pero me da el avío.

GAMUZA.—¡Vergüenza debía darte!

CHARO.—¡No me ofendas, que te lanzo un kiriki a la cabeza! Don Valentín es pa mí... ¿Cómo te diría yo?... ¡Lo es too!

GAMUZA.—¿Y yo no soy na?

CHARO.—Un buen amigo.

GAMUZA.—¡Maldita sea!

CHARO.—Pero ¿qué tienes?

GAMUZA.—¡Pasión de ánimo! Te has metido muy adentro en mi alma, y como veo lo que veo...

CHARO.—¡Fantasmas!

GAMUZA.—¡Sí, sí! ¡Una traición efectiva! ¡Lo que he cavilao esta tarde! ¡Sabe Dios hasta dónde habré llegao con el pensamiento mientras tú platicabas y platicabas con el dueño en un rincón de la tienda!

CHARO.—¡Hablábamos de sus negocios!

GAMUZA.—¡Qué negocios serán esos!

CHARO.—¡La solución mañana!

(*Llega MARIA CRISTINA de la calle por la primera izquierda.*)

M.ª CRISTINA.—¡Hola! (*Quitándose el sombrero.*) ¡Uff, qué calor!

CHARO.—¿De ande viene usted, si no es curiosidad?

M.ª CRISTINA.—De casa de la abuela, de contarle todo lo sucedido ayer. Se ha puesto tan contenta, sobre todo al saber que papá permaneció en casa sin poner los pies en la calle ni un minuto.

CHARO.—Y hoy, hasta ahora, tampoco ha salido.

M.ª CRISTINA.—¿No habrá tenido noticias de la Rafaela?

CHARO.—Pa mí que no. He procurao llevarme toa la tarde a su lao, por si acaso traían algún continental.

M.ª CRISTINA.—Pues desde ayer al mediodía que se fué la dichosa mujer...

CHARO.—Esa ha dao la espantá pa evitarse mayores males.

M.ª CRISTINA.—¡Ay, Charo! ¿Cómo pagarte?

CHARO.—Con seis pesetas. Ya está bien.

M.ª CRISTINA.—Voy a dejar arriba todo esto. (*Por el sombrero y el bolsillo.*) ¿No te irás todavía?

CHARO.—Como usted disponga.

M.ª CRISTINA.—Aguárdame. Hasta mañana, Toribio.

GAMUZA.—Adiós, señorita.

(*Vase María Cristina por la escalera.*)

CHARO.—¿Has oído, cacho de besugo? Esos paliques que tú consideras tan ofensivos pa mí, eran con su cuenta y razón.

GAMUZA.—¡Mucha coba es lo que sabes darme tú! Pero ya lo tengo decidido. Le digo a don Valentín que rompo el contrato...

CHARO.—¡Ah, vamos, comprendo! Se ha picao tu amor propio por el fracaso que has tenido con las señoras, y ahora pretendes culparme a mí. ¡Acabaca, vivales!

GAMUZA.—¡Qué injusta eres!

CHARO.—¡Buen pelo nos iba a salir voceando otra vez por las calles miseria y compañía!

GAMUZA.—¡Del pelo, por lo que toca al mío, no tienes que decir na!

CHARO.—Pues me callo; pero escúchame, por si tengo razón en esto. ¿Quién puede estar en el interior de ca uno mejor que ca uno? ¡Nadie!

(*Sale DON VALENTIN por el foro.*)

DON VALENTÍN.—¿Todavía se halla usted aquí?

GAMUZA.—Ahora me marcharé... ¡Ay!

DON VALENTÍN.—¿Por qué esa tristeza? No se ponga así, que no es para echarse a llorar.

CHARO.—¡Como que es más llorón!

DON VALENTÍN.—Lo de hoy ha sido un ensayo. Confío en que cuando se corra la voz... Ya veremos mañana.

GAMUZA.—¿Mañana? Bueno. ¡Ya veremos! (*Vase Gamuza por la segunda izquierda.*)

DON VALENTÍN.—No creí que lo iba a tomar tan a pecho.

CHARO.—Como que quiere hacer trizas el contrato que firmó.

DON VALENTÍN.—¿Por los cuatro duros diarios que me va a costar la broma? Mira, eso le honra. Veo que es un muchacho de conciencia.

CHARO.—Pa mí que no es por la conciencia.

DON VALENTÍN.—Entonces, ¿por qué?

CHARO.—Porque se deshilacha por mis pedazos y tiene celos.

DON VALENTÍN.—¿De quién?
CHARO.—¡De usted!
DON VALENTÍN.—¿De mí? ¡Ja, ja, ja!
CHARO.—¡Como pa tirarse al suelo de la carcajá!
DON VALENTÍN.—Figurarse que yo... ¡Ja, ja, ja!
CHARO.—¡Amos, que ya está bien la risita, don Valentín!
DON VALENTÍN.—¡Es que tiene muchísima gracia!
CHARO.—¡Ah! ¿Le ha hecho a usted gracia?
DON VALENTÍN.—¡Si le hubiesen oído mis hijos!
CHARO.—¡Calcule usted! ¡Con lo que siempre se ha preocupado usted por ellos!
DON VALENTÍN.—Serían los primeros a poner el grito en el cielo.
CHARO.—¡Claro! Dirían que volvía usted a las andadas.
DON VALENTÍN.—Y tú tendrías que marcharte de aquí para siempre.
CHARO.—¡Qué pena y qué vergüenza! Perder la estimación de tan buenísimas personas.
DON VALENTÍN.—Luego los comentarios de las gentes...
CHARO.—Eso de los comentarios no le importa a usted mucho, según lo tiene demostrao. A quien más criticarían sería a mí. Seguramente dirían que me había mareao el automóvil de usted.
(*Pausa breve.*)
DON VALENTÍN.—¿A qué no sabes de lo me estoy acordando?
CHARO.—De la noche que me dió usted el dinero pa comprar los claveles.
DON VALENTÍN.—De esa noche precisamente. Cuando me dijiste que tenías muchas ambiciones.
CHARO.—¡Y las tengo! ¡Pero por los caminos de Dios, que son los buenos!
DON VALENTÍN.—No se me olvida. "¡Hasta un auto propio!", me replicaste, brillando unas lucecitas de ilusión en tus ojos.
CHARO.—Sí, señor; uno. La marca me da lo mismo. ¡Pero el de usted no, que corre mucho y nos podemos estrellar!
DON VALENTÍN.—¿Prefieres ir a pie?
CHARO.—Es lo que me pertenece. ¡Con tal de que no me atropellen!
DON VALENTÍN.—Cruza siempre cuando esté el guardia con la mano así.
CHARO.—¡No me refiero a los coches! Mis temores son por otra cosa. Porque el despecho es muy mal consejero... ¡Si usted llegase a dudar de mí!
DON VALENTÍN.—¿Dudar después de conocerte como te conozco?
CHARO.—¡Es tan fácil perder el conocimiento!

Don Valentín.—Que se lo pregunten a tu amigo Gamuza.

Charo.—¡En menudos líos nos mete la vida a lo mejor! Ya ve usted: Toribio es joven y a mí no me gusta. Sin embargo, puede que le guste a otra. En cambio, a mí me ha gustao otro que también le ha gustao a otra. ¿Me explico?

Don Valentín.—¡Admirablemente!

Charo.—¡Pero usted no me ha entendido!

Don Valentín.—(*Riéndose.*) ¡Que te crees tú eso!

Charo.—¡Ay, qué hombre este!

Don Valentín.—¿Por qué tendré tantos años, verdad?

Charo.—Muchos, pero muy bien llevaos.

Don Valentín.—¡Muchacha!

Charo.—¿Pa qué me tira usted de la lengua?

(*Ríen los dos. Sale PABLO por el foro.*)

Pablo.—Oye, padre... ¡Ah!, bueno; ¡por mí puede continuar el incidente cómico!

Don Valentín.—¿Qué quieres?

Pablo.—¿Qué hago con estas notas?

Don Valentín.—A ver... Ponlas en la carpeta de "Pendiente".

Charo.—¿Trabajando, eh?

Pablo.—¡Y muy a gusto!... ¿Cierro la caja?

Don Valentín.—Ahora voy.

Pablo.—(*Cogiendo a su padre del brazo.*) ¿No te fías de mí?

Don Valentín.—Anda, pillastre... Ya verás cuando yo le dé informes tuyos a cierta taquillera muy bonita...

Pablo.—¡Pero, Charo!

Charo.—¡Que yo no le he contao na, señorito!

Don Valentín.—¡Estás tú bueno!

Pablo.—¡Pero si es una chica hasta allí!

Don Valentín.—¿Hasta dónde?

Pablo.—¡Hasta la gloria, padre!

(*Vanse los dos, del brazo, por el foro.*)

Charo.—¡Quién ha visto esta casa y quién la ve! ¡Y en veinticuatro horas!... ¡Ay, Brígida, aunque tú no quieras, eres grande! ¡Toos tan contentos!... (*Sale GAMUZA con el sombreo puesto por la segunda derecha.*) ¡Venga alegría!

Gamuza.—¡Charo!

Charo.—¡Arrea! ¡La tragedia!

Gamuza.—Lo he pensao muy bien. ¡No vuelvo más!

Charo.—¡Pero, chico!

Gamuza.—Le diré a don Valentín que mi palabra ya no es palabra, porque con tus palabras, que son unas palabras...

Charo.—¡Déjate de tanta palabrería!

Gamuza.—¡Ni me escuchas! ¡Que seas muy feliz de señora!

Charo.—¿Es con segundas?

GAMUZA.—¡Es con too el dolor de mi corazón!... No te pido más que una cosa.

CHARO.—¿Cuála?

GAMUZA.—Que si vuelvo a limpiar botas y tú te casas, no entres ande yo esté pa que se las limpie a tu señor marido, porque no se las limpiaré. ¡Esa será mi venganza! ¡Adiós! (*Vase Gamuza por la primera izquierda.*)

CHARO.—¡Pero escucha, romántico!... ¡Jesús, y qué manera de complicarle a una la existencia! ¿Que sufre? ¡También yo sufro y me aguanto! ¡No quisiera aguantarme, pero me aguanto!

(*Se asoma PILAR por la primera puerta de la izquierda.*)

PILAR.—¡Pchs!...

CHARO.—¿Otra vez ese cabezota?

PILAR.—Soy yo.

CHARO.—¡Ah!

PILAR.—¿Entro?

CHARO.—¡Calculo que no habrá venido pa quedarse en la puerta! (*Entra Pilar. Trae un paquetito en la mano.*) ¿La han despedido a usted del cine?

PILAR.—¡No lo permita Dios!

CHARO.—Cómo anda de paseo a estas horas.

PILAR.—Se ha quedao allí mi compañera. Vengo porque he tenido una idea...

CHARO.—¡Sí, la cuestión es hablar con el novio un ratito más!

PILAR.—Dar a Pablo una sorpresa; pero no me gustaría que él se enterase.

CHARO.—¡Pues si no se entera, no veo la sorpresa!

PILAR.—Me he gastao cinco duros en corbatas...

CHARO.—¡Bien hecho!

PILAR.—Si tú me hicieras el favor de poner este paquetito en su alcoba sin decir ni una palabra a nadie...

CHARO.—¿En su alcoba? ¿Pa qué?

PILAR.—Para que luego cuando él entre lo vea allí...

CHARO.—¿Y la sorpresa?

PILAR.—¡Claro!

CHARO.—¡Comprendido! Me imagino la escena. Verá usted. Entra, le echa la vista al paquete—que yo lo pondré así, en el suelo, al lao de la puerta—, lo coge... "¿Qué es esto?... ¿Cacahués? ¿Bicarbonato?... ¡Ah, no! ¡Corbatas!... ¿Quién me las habrá comprao?

PILAR.—¡Eso, eso!

CHARO.—"¿Mi padre?"

PILAR.—¡Su padre no, mujer!

CHARO.—¡Aguarde y no se precipite!... "¿Habrá sido la Charo? ¡Ca! Son de muy buen gusto pa que las haya comprao

ella... ¡Ah, sí, ya caigo! ¡Pilar! ¡Si me lo anunció ayer! ¡Bendito sea su cariño! ¡Hum! ¡Hum! ¡Hum!..."

PILAR.—¿Qué haces?

CHARO.—¡Besarlas toas! ¿Vienen muchas?

PILAR.—Cuatro.

CHARO.—¡Pues me ha faltao un beso! ¡Hum!... ¡Quién se volviera corbata en ese momento, ¿verdad usted?

PILAR.—¡A todas horas! ¡Así estaría siempre anudada a su cuello!

CHARO.—¡Huy, qué frase tan bonita! ¿Se le ha ocurrido a usted o la ha leído en una novela?

PILAR.—Es de un tango argentino.

CHARO.—Pues no la olvidaré, pa la primera ocasión que me se presente de emplearla.

(*Llega MARIA CRISTINA por la escalera.*)

M.ª CRISTINA.—Charo... ¡Ah! ¿Cómo sigue usted?

CHARO.—¡Tan viruta!

PILAR.—No la haga usted caso.

M.ª CRISTINA.—¿Y mi hermano?

PILAR.—No le he visto esta tarde.

CHARO.—Está en el escritorio.

M.ª CRISTINA.—¿Y no se te ha ocurrido llamarle? ¡Llámale, mujer!

CHARO.—¡Pero si no quiere que la vea, porque viene de *incórnito!* Le prepara una sorpresa...

PILAR.—¡Si eres muda, revientas, hija!

CHARO.—¡Pues se lo cuento, ea, que yo no tengo secretos pa la señorita María Cristina! Le ha comprao un regalito, esto (*Por el paquete.*), que si acierta usted lo que es se queda con una pa su padre, pa que usted le haga el nudo cuando se la ponga.

M.ª CRRISTINA.—¡Corbatas!

CHARO.—¡Lo acertó! Esta desea que yo las deje en la alcoba de su hermano de usted...

PILAR.—¡Como él te oiga, verás tú!

CHARO.—¡Ya me callo!

M.ª CRISTINA.—¡No, sigue! ¿Qué más?

CHARO.—¿A cuál obedezco?

PILAR.—A ella, pero habla bajito...

CHARO.—Pues, mire usted, que la Pilar...

M.ª CRISTINA.—Vámonos arriba y allí podemos hablar con toda tranquilidad. Venga.

PILAR.—No sé si debo...

M.ª CRISTINA.—¿No quiere subir a nuestra casa?

PILAR.—Encantada, pero...

CHARO.—¡Ande, que por algo se empieza!

M.ª CRISTINA.—Suba usted.
CHARO.—¡Suba, que yo la empujo!
PILAR.—¡Bueno; muchas gracias!
M.ª CRISTINA.—Vamos, que tengo curiosidad por saber qué misterio es ese de las corbatitas.
CHARO.—¡Pero no diga usted na!, ¿eh?
PILAR.—¡Mire la que habla!
CHARO.—¿Que yo hablo? ¿He contao lo de los besos?
M.ª CRISTINA.—¿Qué besos?
CHARO.—¡Cuatro, señorita, cuatro! ¡Uno pa ca una!
M.ª CRISTINA.—¿Y quién ha sido? ¿Toribio?
CHARO.—¡No, señora! ¡La pícara taquillera!
(*Suben las tres animadamente las escaleras. Pasados unos segundos, sale DON VALENTIN por el foro.*)
DON VALENTÍN.—¡Nada, que hoy le ha dado a Pablito por trabajar! ¡Es otro! ¡Más vale así!...
(*Aparece RAFAELA en la primera puerta de la izquierda.*)
RAFAELA.—¡Gracias a Dios, hombre!
DON VALENTÍN.—¡Rafaela!
RAFAELA.—(*Entrando.*) ¡He podido morirme en un rincón! ¡Ya veo el interés que te inspira mi salud!
DON VALENTÍN.—¿Has estado enferma?
RAFAELA.—¡Malísima!
DON VALENTÍN.—No sabía nada.
RAFAELA.—Si anoche hubieses ido a verme, como de costumbre.
DON VALENTÍN.—Tuve que hacer.
RAFAELA.—¿Solo?... ¿Te aburrirías muchísimo?
DON VALENTÍN.—No comiences de nuevo.
RAFAELA.—¿Te molesto?
DON VALENTÍN.—Cuando empleas ese tono irónico, sí.
RAFAELA.—Perdona... ¿Puedo recoger unas cosillas que tengo en el cuartito del almacén? He resuelto no pisar más esta casa, de la cual he sido echada cruelmente.
DON VALENTÍN.—Nadie te echó. Te fuiste, amenazándome con no volver, porque deseabas que yo cometiese una mala acción con quien no la merecía.
RAFAELA.—¡Qué horas he pasado!
DON VALENTÍN.—¡Calla!
RAFAELA.—¿Ni siquiera merezco que me escuches?
DON VALENTÍN.—Pueden oírnos.
RAFAELA.—¿Ahora te preocupa eso?
DON VALENTÍN.—Es que mis hijos... ¡Ay, si te hubieses ganado las simpatías de ellos!
RAFAELA.—¿Olvidas las humillaciones que aquí he padecido?

¡Nunca me importó tu dinero, ni tu posición, ni el afán de adueñarme de lo que no era mío!

DON VALENTÍN.—¿Te lo he reprochado alguna vez?

RAFAELA.—No; tú no, porque eres bueno; pero a espaldas tuyas me lo han echado en cara a todas horas. ¡Cuánto he sufrido! Te quise por ti, bien lo sabes. ¡Te quiero porque es mi sino quererte!

DON VALENTÍN.—¡Así me hablabas antes! Con esas mismas palabras me volviste loco, y, loco y ciego, fuiste para mí lo primero en el mundo.

RAFAELA.—¡Con idéntica moneda te he pagao yo!

DON VALENTÍN.—¡No llores!

RAFAELA.—¡Yo te prometo que si tú me lo mandas, jamás sabrán tus hijos de mí!

DON VALENTÍN.—¿Qué harías?

RAFAELA.—¡Esconderme en el último rincón de la tierra! ¡Han podido engañarte todos, pero tu Rafaela no!

DON VALENTÍN.—¡Calla!

RAFAELA.—¡Déjame que te lo diga por última vez! Si yo te pidiese perdón para todas mis culpas, ¿las perdonarías?... ¡Contéstame, hombre!

DON VALENTÍN.—Ya hablaremos en otra parte. ¡Ahora vete, que te lo pido por lo que me quieres!

RAFAELA.—¿Cuándo nos veremos?

DON VALENTÍN.—En cuanto pueda iré a verte.

RAFAELA.—¿Esta noche?

(*Pausa brevísima.*)

DON VALENTÍN.—¡Sí!

RAFAELA.—¡Qué alegría me das!

DON VALENTÍN.—¡Silencio, por Dios! Vete.

RAFAELA.—Recojo esas cosillas y me marcho a escape. ¡Que te espero!... ¿A las once?

DON VALENTÍN.—¡Sí! (*Vase don Valentín por el foro.*)

RAFAELA.—¡Sería la primera vez que me fallase! ¡Soy la dueña de su voluntad! (*Va a la ventana.*) ¡Ssss!

MARCELO.—(*Dentro.*) ¿Qué?

(*En este momento baja MARIA CRISTINA la escalera. Llega hasta el último peldaño y al oír y ver a Rafaela queda escuchando, pegada al foro. Luego, cuando lo indique con la frase, se marcha sigilosamente por la escalera.*)

M.ª CRISTINA.—Ahora, cuando suba Pablo...

RAFAELA.—¡Lo que yo te dije!

M.ª CRISTINA.—(¡Ay, Virgen del Carmen, esa mujer aquí!)

RAFAELA.—Me ha prometido que esta noche, a las once, irá a casa.

M.ª CRISTINA.—(¡Ay!... ¡No sé cómo puedo contenerme!)

MARCELO.—¿Penetro?

RAFAELA.—Sí; no hay cuidado. Pasa.

M.ª CRISTINA.—¡Que no me vean! (*Vase.*)

RAFAELA.—¡Esta noche, a mi casa! ¡Antes de una semana entro yo aquí, quitando de en medio a los que me estorben! ¡A mí con niñas recogidas de lástima!

(*Entra MARCELO por la primera izquierda.*)

MARCELO.—¡Qué peso se me ha quitao de encima!

RAFAELA.—¡Sabía que en cuanto hablase con él me le llevaba! Es muy débil. ¡Si le conoceré yo! Que vaya a casa y ya veremos cómo sale de allí.

MARCELO.—¡Pa la iglesia y agarrao de tu brazo!

RAFAELA.—¡Ese es mi único pensamiento!

MARCELO.—Y que como te emperres en una cosa...

RAFAELA.—¡Ya puedes firmarla! Aguarda unos minutos.

MARCELO.—¿Adónde vas?

RAFAELA.—A reírme ahí dentro.

MARCELO.—¿Es que tienes el histérico?

RAFAELA.—¡Una satisfacción enorme! ¡Y ya pueden ir tomando tila, que es buena para los nervios! (*Vase por la segunda izquierda.*)

MARCELO.—¡La verdad que sería una pena muy grande que mi hermana perdiese una proporción como el Valentín!

(*Sale MARIA CRISTINA por la escalera.*)

M.ª CRISTINA.—¡Ah! ¡Buenas noches!

MARCELO.—¡Felices!

M.ª CRISTINA.—Cómo me sorprende verle aquí, José María... ¡Huy, qué tonta soy! ¡Pues no le llamo a usted José María!...

MARCELO.—¡A mí con rentois, no; porque ya sé por donde viene el calambur! Se lo ha dicho la Charo, esa embustera liosa...

M.ª CRISTINA.—¡Pobre Charo!

MARCELO.—Que le ha faltao tiempo pa contarle la equivocación que ayer tuvo conmigo una joven.

M.ª CRISTINA.—Pues esa joven asegura que le conoce muy bien. Tan bien, que todavía está esperando los veinte duros.

MARCELO.—Se los devolví con un botones. ¿Tengo yo la culpa de que se pierdan las cartas?

M.ª CRISTINA.—¡Claro que no!

MARCELO.—¡También yo podía quejarme de que ella no me los haya reclamao! Si encuentra usted ocasión de ver a la Pili, dígala de mi parte que no se ocupe de mí y que me deje tranquilo, que si yo empiezo a hablar, puede que no resulte muy favorecida su reputación de mujer de bien.

M.ª CRISTINA.—¿Qué dice usted?

MARCELO.—¡Na! ¡Pero usted me ha entendido! Y no conti-

núo pa que no se figure que es postín de hombre afortunao. ¿Usted me comprende?

M.ª CRISTINA.—Sí... ¿Espera usted a mi padre?

MARCELA.—A Rafaela.

M.ª CRISTINA.—¿Ha venido? ¿Cuándo?

MARCELO.—Hace unos momentos. A recoger sus trapitos, porque ha presentao la dimisión del cargo.

M.ª CRISTINA.—¿Cómo es eso?

MARCELO.—¡Que la han postergao! ¡Ponerla a la Charo seis pesetas, el mismo jornal que a mi hermana, siendo Rafaela la jefa! ¡Hay cosas que no están bien! Y como ha tenido la suerte de que la salga un empleo en provincias...

M.ª CRISTINA.—¿Se marchan ustedes a provincias?

MARCELO.—Mañana o pasao. ¡Ya se quedará tranquila esa enredadora! ¡Se trae un teje maneje pa conseguir lo que desea! ¡Pero apañaos estarían usted y su hermano con semejante madrastra!

M.ª CRISTINA.—La Charo es incapaz...

MARCELO.—¿De querer a don Valentín? ¡Ya lo sabemos! Pero anda inventando ca cinedrama que ríase usted de Ben Hur, puesto como ejemplo de martirologio.

M.ª CRISTINA.—¡Ah! ¿Sí?

MARCELO.—¡Menudos cuentos de Calleja ha narrao! Decirla a usted que yo me había declarao a ella. ¡Jajay! ¿De cuándo acá un piropo de soslayo ha sido una declaración? ¡Lo hizo pa achicharrarme la sangre delante de usted, porque se ha dao cuenta de que yo la quiero a usted con unas ansias...!

M.ª CRISTINA.—¡Marcelo!

MARCELO.—No se altere, que pa decir ¡perdone usted por Dios, hermano!, no hay que poner esa cara tan larga. ¡Con lo bonita que es la de usted!

M.ª CRISTINA.—¡Canalla! ¡La culpa es mía por haberle escuchado! (*Vase María Cristina por el foro.*)

MARCELO.—Así comienzan muchas y lüego... ¡Rafaela!... (*Vase Marcelo por la segunda izquierda.*)

(*Queda la escena sola. Salen por el foro MARIA CRISTINA y PABLO.*)

M.ª CRISTINA.—Ven, haz el favor. Hay novedades, y muy desagradables por cierto.

PABLO.—¿Por qué?

M.ª CRISTINA.—Porque han venido la Rafaela y el Marcelo

PABLO.—¿Cuándo?

M.ª CRISTINA.—Hace unos momentos. Desde ahí, sin que me sintiesen, oí unas cosas... ¡Qué horror, Pablo!

PABLO.—¡Acaba!

M.ª CRISTINA.—Rafaela hablaba por la ventana con su her-

mano y le estaba diciendo: "Me ha prometido que esta noche, a las once, irá a verme."

PABLO.—¡Gentuza de los diablos!

M.ª CRISTINA.—Y luego, a la muy infame le faltó tiempo para exclamar llena de orgullo: "¡Sabía que en cuanto hablase con él me lo llevaba!"

PABLO.—¡Sinvergüenza!

M.ª CRISTINA.—¡Harán la desgracia de nuestro padre y serán nuestro martirio eterno! ¡Hasta la fatalidad ha hecho que Marcelo pueda vanagloriarse de haber despreciado a la mujer que tú quieres!

PABLO.—¿Despreciarla porque se portó con ella como un estafador? Pilar, ayer tarde, espontáneamente, sin que yo le preguntase nada, me lo contó todo.

M.ª CRISTINA.—¿Todo?

PABLO.—¿Qué quieres decir?... ¡Mírame, Cristina!... ¿Qué?...

M.ª CRISTINA.—¡Pilar no es digna de ti!

PABLO.—¡Eh! (*Hay una pausa dolorosísima para ambos.*) ¡Esto más, Dios mío!... ¡Y ha sido ese hombre!...

M.ª CRISTINA.—¡Pobre hermano!

PABLO.—¡Maldita gente! Entraron aquí para llevárselo todo. ¡Hasta mis ilusiones!... ¡Ya no podemos luchar contra ellos!

M.ª CRISTINA.—¡Sí! ¡No desmayes!

PABLO.—¡Nos han vencido!

(*Salen RAFAELA y MARCELO por la segunda izquierda. Traen unos paquetes y unos envoltorios.*)

MARCELO.—¡Atiza, el Pablito! ¡También es pata!

RAFAELA.—¡Déjamele a mí!... ¡Queden con Dios, jóvenes!

PABLO.—¡Afuera de aquí ahora mismo!

M.ª CRISTINA.—(*Conteniéndole.*) ¡Pablo!

RAFAELA.—Sin escandalizar, que ya nos vamos para siempre.

M.ª CRISTINA.—¡Falso!

MARCELO.—¿No ven los líos?

RAFAELA.—¡Al fin se realizó el gusto de ustedes! ¡Enhorabuena!

PABLO.—¡A la calle!

RAFAELA.—¡Si no dejan hablar, huelgan las explicaciones.

(*Llegan la CHARO y PILAR por la escalera.*)

CHARO.—¿Qué pasa?... ¡Arrea, ya se colaron!

MARCELO.—¡La liosa! ¡Agüeca, Rafaela!

RAFAELA.—¿Estabas aquí, preciosidad?

CHARO.—¡Desde esta mañana!

MARCELO.—¡Vámonos, tú!

PILAR.—¡Cobarde!

CHARO.—¡Ca! (*Yendo a la puerta de la primera izquierda.*) ¡No sale nadie!

RAFAELA.—¿Amenazas? ¿Una encerrona? ¡Pues van a oírme cuatro cositas!

PABLO.—¡Espere!... ¡Padre!...

RAFAELA.—¿Qué hace usted?

PABLO.—¡Llamarle para que las oiga él también! ¡Papá!

CHARO.—Los asuntos de familia son pa trataos en familia. ¡Por eso llama al cabeza! (*A Marcelo.*) ¡Al cabeza, que ojalá le parta a usted la suya!

(*Sale DON VALENTIN por el foro.*)

DON VALENTÍN.—¿Qué se te ofrece, hijo?... ¿Qué significa esto?

PABLO.—Escúchame, papá...

DON VALENTÍN.—¿Qué ha sucedido? ¿Ustedes por qué están aquí?

RAFAELA.—Vinimos a recoger unas cosas mías, porque ya le he dicho a usted, y que se enteren todos para su satisfacción, que no sigo prestando servicios en su establecimiento, y nos encontramos con sus hijos, que nos ofendieron una vez más...

PABLO.—Escúchame, papá. ¡Te lo suplico! Este es un instante acaso el más tremendo de nuestras vidas: en la tuya y en las de tus hijos. Jamás te hemos pedido cuentas de tus actos. ¿Con qué derecho? ¡Pero hay algo fatalmente unido a tu existencia que no podemos consentir ni un día más!

DON VALENTÍN.—¡Pablo!

M.ª CRISTINA.—¡Ni un día más, padre!

PABLO.—Por respeto, por deber... y por vergüenza, María Cristina y yo hemos callado hasta ahora ante ti. ¿Juzgarás una rebeldía que delante de esa mujer te preguntemos una sola cosa?

RAFAELA.—¿Es que nos van a examinar?

PABLO.—¡Usted se calla!

MARCELO.—¡Cállate y no me comprometas!

PABLO.—Ella dice que se marcha para siempre; ¡vaya bendita de Dios! Pero tú permanecerás a nuestro lado, ¿verdad? Esta noche, a las once...

DON VALENTÍN.—¿Qué dices?

PABLO.—Esta noche, precisamente a las once, te necesitamos Cristina y yo... ¿Podemos contar contigo?

RAFAELA.—(¡Malditos nenes!)

PABLO.—¿No me contestas, papá?

M.ª CRISTINA.—¡No vayas!...

PABLO.—¡Es tu sangre la que ruega, padre!

DON VALENTÍN.—¡Mi Pablo! (*Le abraza.*)

MARCELO.—(¡La pringamos!)

CHARO.—¡Vaya cuadro! ¿Se han fijao? ¡Ya les mandaremos

una ampliacion con los nietos cuando los haya! ¿Me ha oido usted, Pilarcita?

PABLO.—¿Te irás?

DON VALENTÍN.—¡No!

PABLO.—(*Avanzando amenazador.*) ¡Afuera! ¡Que yo no les encuentre más en nuestro camino! ¡Pudo usted llevarse con engaños y mentiras la honra de una mujer!...

PILAR.—¡Pablo!

PABLO.—¿Por qué me mentiste queriéndote como te quiero?

PILAR.—¡Miserable! ¡O dice usted ahora mismo delante de todos que soy la más honrada de las mujeres, o le parto el corazón si se calla, mal nacido!

PABLO.—¡Pilar!

PILAR.—¡Dígalo, o no sabe usted de lo que soy capaz!

MARCELO.—¿Crees que yo me ocupo de tu persona? Pero si nunca me he permitido...

M.ª CRISTINA.—¡Sí, señor! ¡Me lo ha contado a mí! ¡Niéguelo!

PILAR.—¡Madre mía! ¡Qué infamia más grande!

DON VALENTÍN.—¡Basta!... Por favor, Rafaela, salir para siempre...

RAFAELA.—¡Don Valentín!

CHARO.—¡No le llame usted don Valentín pa disimular!

DON VALENTÍN.—¡Marchaos!

CHARO.—(*Abriendo la puerta.*) ¡Pasen, pasen, que el dueño es quien manda!

RAFAELA.—¡Para qué vendríamos!

CHARO.—¡Pa tener yo el gusto de abrirles la puerta!

MARCELO.—¡Mira, Charo!...

CHARO.—¡Marcelo, emprenda el vuelo! (*Vanse Rafaela y Marcelo por la primera izquierda.*) ¡Hala, a la calle, a lavar toa la ropa sucia que llevan en esos líos! ¡Ay, qué satisfacción más enorme! Se fueron echaos por usted y he sido yo la que les ha cerrao la puerta. ¡Bueno, ya nos quedamos los justos! Los justos na más...; ¡pero qué anchos estamos!

PABLO.—Y ahora, Pilar...

DON VALENTÍN.—¡Quiérale usted mucho! ¡Se lo merece!

CHARO.—Bueno, yo me marcho.

DON VALENTÍN.—¿Adónde?

CHARO.—¡A cenar, que tengo una *ambrosia!*

M.ª CRISTINA.—¡Cena con nosotros!

CHARO.—¡Van a decir que me he colao!

DON VALENTÍN.—¡Y te has colado!

CHARO.—¡Don Valentín!

DON VALENTÍN.—Porque supiste llegar hasta nuestros corazones con lo que más vale en el mundo: la nobleza.

CHARO.—Los señores la llevan en la sangre y los pobres tenemos que llevarla en el alma pa que nos abran toas las puertas y podamos dejar de ser pobres, que es lo más triste que hay en la vida... ¡Si yo contara la mía!

DON VALENTÍN.—Pablo...

PABLO.—(*Que habla aparte con Pilar.*) Estoy muy ocupado, papá.

DON VALENTÍN.—Atiende, hijo..., que luego me regañas. ¿Nos quedamos para siempre con la Charo?

PABLO.—¡No faltaría más!

DON VALENTÍN.—¿Arriba?

PABLO.—¡Por mí, encantado!

CHARO.—¡¡Ay!! ¿Yo en el entresuelo? ¡Ay!...

M.ª CRISTINA.—¡Sí, sí! ¡Quédate!

CHARO.—¿De criada?

DON VALENTÍN.—¡Ya veremos!

CHARO.—¡Pero por lo decente, eh, que usted es un tenorio!... ¡Ah! Una advertencia. ¡Que conste que yo no tengo hermanito!

DON VALENTÍN.—¡Lo que tienes es una gracia y una simpatía!... Después que cenemos, nos iremos a dar un paseo en mi auto. ¿Qué te parece?

CHARO.—¡No me tire usted de la lengua, no me tire usted de la lengua!

DON VALENTÍN.—¿Por qué?

CHARO.—¡Porque le voy a decir que estoy deseando ser la corbata de usted!

DON VALENTÍN.—¿Mi corbata?

CHARO.—¡Sí, señor; pa estar too el día anudá a su cuello!

DON VALENTÍN.—¡Pero, Charo!...

CHARO.—¡Si no se lo suelto esta misma noche, reviento!

(*Grandes risas y muestras de alegría en todos, y cae por última vez el telón.*)

FIN

DE LA

NOVELA ESCENICA

OBRAS DE

LUIS DE VARGAS

PUBLICADAS EN

LA FARSA

NUM. 11.—LOS LAGARTERANOS.
» 80.—¿QUIEN TE QUIERE A TI?
» 105.—DON FLORIPONDIO.
» 152.—SEIS PESETAS.

